

Linden Lane Magazine

Vol. 37 No. 3

AUTUMN / OTOÑO, 2018



Amado González

Linden Lane Magazine

lindenlanemag@aol.com
http://www.lacasaazul.org
www.lacasaazulcubana.blogspot.com



Amado González

Founded in March 1982 by
Heberto Padilla & Belkis Cuza Malé
Publisher and Editor: Belkis Cuza Malé
Assistant Editor: René Dayre Abella
Copyright © 2018
LINDEN LANE MAGAZINE

Una subscripción a
LINDEN LANE MAGAZINE
en los Estados Unidos:
\$70.00 para individuos,
y \$90.00 para instituciones.

ISSN 0736 - 1084
It is a publication by
Linden Lane Magazine & Press
P.O. BOX 101582
FORT WORTH, TEXAS
76185-1582

Queridos amigos:

Debo comenzar mi mensaje dando gracias a Dios por haberme permitido terminar el diseño de este número de Agosto, luego de que un error del sistema bloquease el diseño inicial.

Nuestro escritor invitado de otoño es el poeta, ensayista, narrador y periodista **Vicente Echerri**, uno de los grandes valores de la literatura cubana de los últimas décadas. Vicente Echerri ha sido un viejo amigo desde que nos conocimos en los ochenta, a raíz de su llegada a Estados Unidos. Con él, Heberto Padilla y yo hemos compartido la cena del día de Acción de Gracias, en nuestro hogar de Princeton, y además, a principio de los noventa, le regalé un hermoso gatico, que él nombró Steward, y que fue tan importante en su vida como lo sería un hijo. Todavía Steward es esa presencia amorosa en su vida.

Rafael Alcides Pérez, poeta y narrador cubano, una de las voces más importantes de la poesía cubana contemporánea, falleció en junio pasado en La Habana. Como homenaje, publicamos algunos de sus poemas más conocidos, y un artículo muy hermoso de León de la Hoz sobre el inolvidable poeta de *La pata de palo*.

La última novela de Teresa Dovalpage, *Death Comes in Through kitchen*, combina el misterio y el tema policial con una fuerte denuncia al régimen dictatorial castrista. Aquí el primer capítulo de esta novela, que va más allá del puro entretenimiento, y una reseña de Kenna Barrett.

También Santiago Rodríguez (Chago) nos ofrece el capítulo 12 de su nuevo *En un bosque de la China*, y una pequeña y relevante autobiografía de este escritor al que conozco desde muy niña, pues éramos vecinos en la ciudad de Guantánamo. Nos acompañan otros importantes nombres de la ya madura literatura del exilio: Felipe Lázaro, fundador y director de la editorial Betania, de España, poeta y narrador notable, acaba de publicar *Invisibles triángulos de muerte*, y este relato les dará una idea del resto del libro. Alberto Garrido, poeta y narrador cubano residente en la República Dominicana, es sin duda una magnífica sorpresa. Autor de 17 libros publicados, estos fragmentos de su recién *La leve gracia de los desnudos*, lo descubren ya como gran escritor.

Benigno S. Nieto, gran amigo de Heberto Padilla, acaba de publicar con LLP su *Heberto Padilla. El poeta que engañó a Fidel Castro*, y este capítulo es una magnífica muestra del libro que se está convirtiendo en uno de los más leídos y elogiados de la temporada.

Y Fabio Hurtado, joven escritor cubano, publicó este año en inglés una versión de sus tempranas memorias. Fabio vivió muchos años en Elizabeth, NJ., es hijo del poeta cubano Rogelio Fabio Hurtado, recientemente fallecido, y nieto del escritor Alberto Martínez Herrera, gran amigo que fue nuestro. Ilustran este número dos grandes pintores cubanos: Amado González, residente en Cali, Colombia, e Hiremio García Calveiro (Santaolaya), con galería en el Distrito Artístico de Hialeah, Florida. Ambos muy apreciados por la crítica especializada y los coleccionistas.

Gracias y bendiciones,

Belkis Cuza Malé

Vicente ECHERRI

Hiremio García Calveiro (Santaolaya)

Autorretrato de Durero *

A Manuel Santayana

Fijo te estás quedando
en tanto tu mirada
va a detenerse acaso
en el azul de un cielo
por el que aún no
además de algún pájaro
como ése que ahora mismo
cuando levantas los ojos de la tabla
descubres como un punto que viaja al
horizonte.

Quizás afuera es mediodía
y el martillo del taller del herrero
resuena en tu taller
y alguien pregona
—para filtros de amor y a bajo precio—
raíz de mandrágora
y polvos de unicornio,
o quizás atardece
y de los campanarios se descuelga la sombra.

El tiempo pasa mientras pintas
y el cielo opaco de la medianoche
es lo que se recorta en tu ventana,
y la luz de una lámpara
juguetea en las paredes y en tu imaginación,
y afuera alguien se embosca
y en los lechos se ama.

¡Quién supiera
lo que veían tus ojos
mientras se iban quedando sobre el cuadro!
¿Qué recordaba entonces tu memoria,
qué tristeza,
qué júbilo...?
cuando te desdoblabas trazo a trazo
para quedarte
en aquel tiempo vivo
hecho también del aire de tu respiración
y el ruido de tus pasos por la estancia.

** En el Museo del Prado*



En la penumbra

Para JCS

La juventud es siempre un lugar de regreso,
el único país al que viajamos
tripulando la muerte;
por eso en la penumbra
donde jugamos al amor
tu rostro es tan antiguo
y tan del porvenir:
el destino que tejen la memoria y el sueño.

Me separo de ti para mirarte
el rostro —de perfil—
que yace levemente en las almohadas
sereno, hermoso
intocado todavía por el tiempo
y que, siendo tan tuyo,
es de la humanidad.

En la penumbra,
me conmueve la visión de esos rasgos

Que el tiempo ha de borrar
y que, no obstante,
son eternos
—memoria y porvenir—
amorosa fusión del arte y de la vida

Al alba

A Carlos Gómez

¡Aprovechad la noche,
medradores,
que las sentencias se cumplirán al alba!
Grises, mezquinas gentes
que andan gastando el tiempo en asambleas
en estar a la moda
en recepciones...,
sin fijarse en las rosas
o en si la calles es húmeda
o es triste
o en si los cenicientos edificios
componen o deliran,
¡tan desvelados apuntando en agendas!
Sin saber que nada más que llegarán al alba.

Al alba sonará el trompeteo estentóreo
de los alucinados,
al alba las estrellas cumplirán
su aplazada venganza,
y las flores clausurarán las puertas
para siempre de los enlevitados funcionarios
y los buenos oficios de la paz
comenzarán a hacerse en los teatros
y prisa se volverá una mala palabra.

Al alba, los adolescentes,
desnudos,
saldrán a improvisar los epitafios,
y los hombres de mirada verde
celebrarán conciertos en las comisarías
y los juglares vigilarán el tránsito
y los estantes se colmarán
de títulos prohibidos
y los excomulgados
irán a patinar a los despachos.

Ventruados de los tragos y tabacos
puntuales
que tenéis en la mano los últimos *best sellers*
y proscibís los cantos.
Mayordomos,
que confundís un cuadro
con un par de zapatos,
y el amor con las fornicaciones
y la honra con un cargo.
Traficantes,
en el día que se anuncia
no pasaréis del alba.

¡Aprovechad la noche!,
autores de decretos
distribuidores de la primavera,

casuistas entorchados
fabricantes de *slogans*...
¡Aprovechad la noche,
que una constelación de afiebrados poetas
os hará ejecutar
definitivamente
al alba!



1953: Echerri frente a su casa, con Dámaso Crespo

Con Carlos Bobadilla en Matanzas



Oda a doña Isabel de Bobadilla

Castellana de ajenjo,
que dejaste la rueca y las palomas
para venir
por el azul Atlántico
a una tierra de fábula
sin invierno
y sin crónicas
donde un lecho vacío
te convirtió en patrona
de las naos
los acuchilladores
y la sangre.

Capitana de Indias,
¿qué dentellada súbita
cercenó tus canciones?
¿Qué lonas y que crines
marchitaron tus rosas?
¿Qué sales y qué legamos
te cargaron el llanto
y te impusieron para siempre
la noche?

Enérgica señora de cabildos
y de magistraturas,
aún sabe esta ciudad
de tu viudez de hierro,
las piedras más antiguas
aún custodian tu nombre
y en las calles más viejas
aún se palpa tu gesto.
Las almenas te asoman
las plazas te reclaman
las campanas te anuncian
y los barcos de guerra
y las espadas
y los hombres de iglesia
y los contrabandistas
van contando tu historia.

Gobernadora nuestra,
aún deambula tu sombra
entre los nobles arcos,
aún se escapa tu velo
por las calles enjutas
y aún se advierte en las torres,
cuando la luz se fuga,
tus ojos desvelados
atalayando el puerto.



Abuela paterna de Echerri, cuando era niña

1925. A la izquierda: la madre de Echerri con su amiga Nelly García Arlington



El soldado*

Vicente Echerri

Orlando Collazo era el niño más bello de mi aula por el tiempo en que ambos cursábamos el cuarto grado en un viejo caserón colonial convertido en escuela pública desde la época de la primera intervención. Creo que la belleza es un don que merece reconocimiento, aunque se evidencie a tan temprana edad como a los ocho o nueve años que Orlando tenía entonces. Era espigado, blanco y de mejillas sonrosadas y puntuadas por unas pecas diminutas; de pelo negro que contrastaba bruscamente con la blancura de su piel y unos ojos deslumbrantes cuyo color no puedo precisar, aunque bien pudieron ser pardos. Tenía unos dientes perfectos, que dejaba ver a la menor provocación, enmarcados en unos labios nobles. Mirarlo a la cara producía un íntimo regocijo estético que él podía acrecentar con su natural simpatía: era cordial y, sin embargo, grave. No sé si heredaba de su padre, un sargento del Ejército que tenía fama de hombre probo, ese sentido de la rectitud, de la firmeza de carácter, que hacía de él una especie de hombre en miniatura.

Yo lo admiraba y lo quería. No puedo precisar ahora si habíamos estado juntos en el tercer grado, en esa misma escuela cuyas aulas, en su mayoría, eran tan sólo de varones. Pero en el cuarto grado llegamos a ser íntimos. En ese curso, 1956-57, se pusieron nuevamente de moda los bombachos y ambos íbamos a la escuela en uniforme con esos pantalones. Aunque para esa fecha se libraba en Cuba una guerra civil, tales sucesos, que los mayores debatían, incidían poco en nuestra vida de escolares, en la curiosidad que despertaba un mundo que era fragante y nuevo para nosotros, pese a que estudiábamos en un aula más bien umbrosa, sin más luz natural que la que entraba por una única ventana y donde no podía prescindirse del alumbrado eléctrico. Nuestro maestro —a quien llamábamos el Señor Mendieta—, era también director del colegio y la campana, con la cual anunciaba el comienzo y el final de las clases y las salidas y entradas del receso, descansaba sobre su escritorio como símbolo de su autoridad. Atendíamos casi con reverencia sus lecciones desde nuestros viejos pupitres de caoba con tapa, en los que no faltaba el tintero y la pluma de mojar para las lecciones de caligrafía.

Como esa escuela no llegaba más que al cuarto grado, los que lo cursábamos teníamos conciencia de ser mayores, en conocimiento y edad, respecto al resto de los alumnos; eso daba lugar a que nos comportáramos con una cierta libertad y hasta arrogancia que nadie disputaba: sabíamos que en cuestión de unos meses continuaríamos nuestros estudios en algún colegio mejor amueblado y dispuesto. A mí, que había pasado cuatro años (a una edad en que cuatro años son una enormidad) en aquella vieja escuela de la que había sido alumna una de mis abuelas, el cambio se ofrecía como promesa de liberación y razón de nostalgia.

Por esa época, había empezado a aficionarme al cine

—que en mi casa era considerado como un ámbito del demonio— al que solía llevarme mi padre con alguna frecuencia. Recuerdo la vívida impresión que me causó la película *Los puentes de Tokorí* —protagonizada por William Holden, Grace Kelly y Mickey Rooney— que había llegado a estrenarse en Trinidad por aquellos días: la historia de un oficial americano, a punto de jubilarse, que acepta participar en una misión de bombardeo a unos puentes durante la guerra de Corea y que, al regreso de su misión, es derribado por los comunistas, logra lanzarse en paracaídas y termina muriendo heroicamente en un encuentro con sus enemigos.

Recuerdo también con mucha nitidez que, al día siguiente a la hora del receso, en la contigua aula de primer grado —desierta a esa hora mientras los niños jugaban en el patio—, yo le contaba a Orlando los pormenores de la película, sin poder ocultarle mi emoción por el infausto destino del héroe.

—Ese es el riesgo de toda acción heroica. No hay que lamentar que alguien muera cumpliendo su deber.

No puedo afirmar que esas fueran exactamente sus palabras, pero no dudo que su comentario debió estar infundido de esa visión de honor y de valor que signaría su vida.

Lo que ninguno de los dos fue capaz de imaginar entonces es que, unos años más tarde y alterada drásticamente la situación de nuestro país por el establecimiento de un régimen marxista, a él le tocaría morir luchando en circunstancias semejantes a la del protagonista de la película que yo le había contado, lo cual hacía de mnarración un anticipo de su destino.



Pasó aquel curso y ahora no me es posible precisar si seguimos estando juntos en quinto y sexto grados. A veces creo recordarlo en el patio de mi nueva escuela y a veces ese recuerdo se difumina, como si se tratara de una superposición de mis sentidos. Ciertamente, nuestra complicidad del cuarto grado no volvió a repetirse, pero sí se conservó la simpatía, que afloraba en cualquier encuentro ocasional por el tiempo en que yo estaba en séptimo grado y él ya era alumno de la escuela de Artes y Oficios, donde había ido a dar en el intento de acelerar la adquisición de saberes que le garantizaran una mayor independencia. Tal vez entendía que su obligación de único hijo varón —en un momento en que la desmovilización de su padre debe haber reducido sensiblemente los ingresos domésticos— le imponía la temprana contribución al sostén de su casa, aunque acaso también rehuía las aulas donde la politización era mayor.

De lo que sí no tengo duda es que, no bien la revolución en el poder empezó a mostrar su sesgo autoritario, Orlando estuvo entre aquellos que se le oponían, aunque objetivamente siguiera siendo un niño. En Trinidad vivíamos intensamente esa oposición por la presencia de un foco guerrillero que empezó a gestarse desde fines de 1959 y que ya estaba activo en 1960 haciendo de la oposición armada al régimen una experiencia muy cercana. Para el tiempo de la fracasada invasión de Bahía de Cochinos, la mayoría de las viejas familias de Trinidad militaban en la contrarrevolución. En el curso 1961-62 las escuelas se quedaron medio vacías cuando muchos padres rehusaron que sus hijos fuesen adoctrinados en el marxismo-leninismo que abiertamente se imponía como ideología oficial del Estado. Algunos no volveríamos a la escuela hasta dos años después. En el ínterin tuvo lugar el éxodo más grande de la historia de Cuba, al tiempo que el foco guerrillero aún mostraba cierto auge.

Una amiga me cuenta que en el velorio de Stalin Rovira —el primero de los jóvenes de Trinidad que murió combatiendo

al castrismo a pesar de su abolengo comunista, al cual debía su nombre— un grupo de sus amigos, ya en la madrugada, juraron en el patio de la casa que seguirían, a cualquier riesgo, en la lucha por la que él había muerto. Orlando se encontraba entre ellos. Hacia la primavera de 1962, me proponía salir del país y, junto con mi madre, hacía los trámites con gran diligencia. Acababa de recibir el pasaporte cuando me encontré con Orlando en la esquina de casa y, entusiasmado, lo impuse de mis planes. Él me miró con pena y me dijo, con su seriedad habitual:—Y si todos nos vamos, ¿quién va a tumbar esto?

Estas fueron, de alguna manera, las palabras con que se despidió de mí y que aún conserva mi memoria con la vergüenza del sobreviviente. Esa sería la última vez que lo vi. Tiempo después, supe que se había incorporado a la guerrilla. Cuando tomó esa decisión tendría a lo sumo quince años, aunque tal vez ni siquiera los había cumplido.

Entre aquellos hombres curtidos que siempre habían peleado con intrepidez y en condición de gran desventaja, la poca edad de Orlando no habría de ser impedimento. Desde el principio, fue disciplinado, valeroso y discreto. Alcanzaría su plena humanidad en medio de una campaña feroz, en la que su causa estaba destinada de antemano al fracaso. Finalizaba el año 1963 cuando cayó en combate, a semejanza de muchos de los próceres que habíamos aprendido a amar en la escuela, a semejanza también del héroe de aquel film que le conté una mañana luminosa.

Las tropas del régimen recogieron su cadáver y lo exhibieron en medio de un caserío, donde fue objeto de los ultrajes que ya entonces eran tradicionales. Lo sepultaron luego en una tumba anónima —que familiares y amigos no han llegado a saber donde se halla— con la intención innoble de borrar su existencia, pero esto último no resultó posible: hubo algunos que no pudimos olvidarlo.

De Historias de la otra Revolución



Trinidad Plaza Segarte

El niño de brea

Vicente Echerri

A Enrique Hurtado de Mendoza, in memoriam

Al despertar habitual —en que solían mezclarse el canto de los pájaros, las voces de los pregoneros que llevaban el mercado a las casas y los sonidos de los muchos pianos en los que niñas disciplinadas practicaban escalas cromáticas y fugas bachianas— se sumaba esa mañana una suerte de rumor ominoso. Las noticias, dichas o trágicas, siempre llegaban temprano a casa, mientras yo dormía, y lograban sacarme del sueño, motivado por la curiosidad. Aunque el tono de las voces era discreto, se infiltraba en mi cuarto como si fuera un humo fantasmal. Entonces, arrebujado aún, amparado por los que bisbiseaban en otras piezas de la casa, empezaba a intentar armar esa noticia del despertar como si fuera un acertijo.

—Lo encontró la criada en la trastienda cuando fue a llevarle el desayuno —decía la voz de un verdulero que hablaba con mi madre.

Tiene que haberlo hecho de madrugada, porque ya estabateso cuando lo descolgaron —terciaba una mujer, de ésa que en Trinidad empezaban a hacer sus visitas casi al amanecer. empezaban a hacer sus visitas casi al amanecer.

Medio dormido aún y ya sabía que se trataba de un suicidio, al parecer de un tendero y, por el dato de la criada llevando el desayuno, era sin duda el dueño de la tienda. Además, tuvo que haberse ahorcado, porque hablaban de descolgarlo...

Cuando me senté a la mesa para desayunar, aquella tragedia ya se había adueñado de mi casa, donde se debatían ahora las posibles causas y consecuencias del suicidio de Emeterio Fernández, comerciante de «sólido prestigio» y «moral intachable», cuya manera de morir constituía un escándalo.

Alguien que presumía de enterado afirmó con rotundidad que el móvil había sido la inminencia de quiebra.

—Estaba arruinado, pese a las apariencias de prosperidad. Ese negocio no era más que fachada.

—Una fachada respetable —apuntó mi abuela, en cuyas palabras no podía saberse donde se insinuaba una ironía.

—Los contadores son como los médicos, saben cómo andan las cosas por dentro —afirmó quien había hablado antes.

Hacia la una de la tarde, cuando nos volvimos a reunir para almorzar, a los pormenores de la muerte de Fernández los acompañaba otro comentario que se expresó de súbito y provocó una reacción paralizante.

—Se ha matado por el hijo que tuvo su mujer el mes pasado. Desde entonces apenas si levantaba la cabeza. El bebé no debe ser suyo, porque salió bastante negro.

—Otro niño de brea y otro suicidio en la misma familia —dijo mi abuela—. Podría pensarse que es una maldición.

—¿En la misma familia? —preguntó mi madre con un acento incrédulo.

—Sí, en la misma, y tan familia que el otro ahorcado era bisabuelo de éste.

—Abuela, abuela, ¿cómo fue lo del otro ahorcado? —dije con cierta imprudencia deseando saber más.

Mi abuela me echó una mirada en que me acusaba de haber incurrido en una grosera incorrección.

—La muerte no es un juego de niños —me advirtió— en que uno se cae y luego se levanta, como hace Andrés cuando le tiras con tu revólver de juguete. La muerte es cosa seria, tan seria que sólo nos ocurre una vez; y si es trágica como la de hoy, mucho más lamentable —.

A mí me pareció que, en ese momento, la recorría un leve escalofrío.

A pesar del inmenso respeto que infundía en todos, la secreta debilidad que ella tenía por mí me llevó a insistir un momento después.

—Pero, ¿por qué se ahorcó el bisabuelo? A punto de volver a censurarme con la mirada, pareció sonreírse ligeramente y me contestó:

—Por el niño de brea.

Sabedora de que esta

parca respuesta sólo lograría atizar mi curiosidad se apresuró a agregar:

—El niño de brea le nació también a un tendero, a un tendero español casado con una mujer muy bella que no era de aquí y quien llegó un buen día a la ciudad acompañada de su nana. —Como me adivinaba la pregunta, añadió:

— Eso pasó hace más de un siglo, mucho antes de que yo naciera.

—Un siglo es mucho tiempo —se me ocurrió decir.

—Ni tanto —y esto ya lo dijo sonriendo—. Los tenderos eran iguales a los de ahora; y los niños, también.

1985 Echerri en las cataratas del Niágara



No era esa la primera vez que había oído mencionar la historia del niño de brea que circulaba en Trinidad como un abreviado cuento de humor negro:

Allá por la cuarta década del siglo XIX, a un comerciante español, casado con una mujer blanca y hermosa, le había nacido un niño de piel bastante oscura. El padre, sospechando que era el fruto de la infidelidad de su mujer, le cuestionó a ésta el color del recién nacido, y ella se justificó con el remedio que tomaba para una crónica afección de los bronquios.

—Es que tomé mucha brea durante el embarazo.

El marido fingió creerse la historia, aunque nunca sintió demasiado apego por el niño que, desde el principio, suscitó las habladurías de sus vecinos. Varios años después, necesitado de hacer un viaje a España que incluía una escala en el norte de África, insistió en que el niño lo acompañara. Apenas atracó el barco en Ceuta, lo vendió como esclavo a unos tratantes portugueses, zanjando así la afrenta que le había impuesto su mujer. Meses después, de vuelta a Trinidad, y a los gritos desesperados de la madre que le indagaba por su hijo, le había contestado con premeditada crueldad:

—¿No me dijiste que era de brea? No bien le dio el sol de África se derritió.

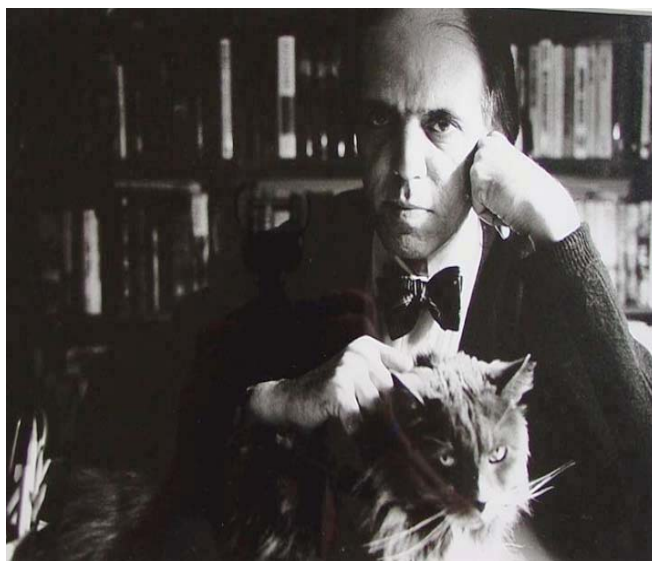
En ese punto se interrumpía la anécdota que buscaba provocar la risa con la ingeniosa salida del marido vengado; pero, bien cabría suponer que, más allá de lo que el tiempo transformara en conseja, el horrible relato —la venta de un inocente que, en el peor de los casos, no era culpable del adulterio de su madre— debió tener alguna consecuencia más dramática. Esa tarde mi abuela se encargaría de concluirlo:

—La madre se echó en cama a morir, de donde no pudieron sacarla ni los ruegos de la nana ni los deberes con sus otros hijos. Atacada de pasión de ánimo, se fue consumiendo hasta que, unos tres meses después, murió de pura inanición, casi irreconocible. En el delirio de su larga agonía, clamaba continuamente por su hijo desaparecido, al tiempo que hacía protestas de inocencia, que el marido escuchaba paciente, pero sin que pudieran mellar su convicción: el niño era demasiado negro para que fuese suyo. La tarde en que volvieron de enterrarla, la criada mulata le reveló al orgulloso comerciante un terrible secreto: ella no era la nana de su mujer, sino su madre. El color del niño le venía por herencia materna.

Fue entonces que empezó el infierno del padre. Noche a noche, las voces de su mujer y del hijo vendido lo acosaban desde una recurrente pesadilla: «¡soy inocente!», «¡soy inocente!», clamaba la muerta desde un espacio inalcanzable; mientras, en dirección opuesta, oía gritar al niño una y otra vez: «¡papá, no dejes que estos hombres me lleven!».

Al fin no pudo más y terminó ahorcándose en la trastienda de su almacén, como hoy lo ha hecho el bisnieto: aquél, por un crimen que no lo dejaba vivir; éste, por una terrible sospecha que acaso tenga el mismo origen.

Del libro 'Memorias del Paraíso'



Echerrri con su gato Steward. Foto de Orlando Jiménez Leal

Presentando su libro en Columbia University



Guttenberg, NJ: De izquierda a derecha, Alejandro Mansferrer, Heberto Padilla, Vicente Echerrri y Carlos Perellón



Natura y cultura

Vicente Echerri

Luego de un invierno particularmente largo y cruel, la primavera, un poco tardíamente, se ha impuesto al fin, y su pujanza vuelve a ser motivo de asombro. Apenas hace un mes, el árbol que crece frente a casa amaneció un día como si fuera de cristal de Murano: hasta la más delgada de sus ramas estaba enteramente recubierta de hielo. El espectáculo era hermosísimo, pero hacía temer, por lo tardío de la helada, que fuera a malograr los brotes que ya el árbol traía. A sus pies crece una siempreviva que, para entonces, estaba bastante mustia luego de la paliza de una veintena de nevadas; pero los temores resultaron fallidos y, aunque todavía hay un poco de frío, la primavera es universal, como suele serlo cada año en esta altura del Hemisferio Norte.

Esta constancia de la naturaleza, que invariablemente nos alegra y nos reconcilia con la vida, obliga al inevitable contraste con el acontecer humano, que no suele dar motivos tan generales de contento. ¡Si las desgracias y las bonanzas del mundo se alternaran con tanta puntualidad como las estaciones! ¡Si a las épocas grises de la intolerancia y la tiranía le sucedieran siempre las eras de la libertad! ¡Si las hambrunas que barren con países enteros fueran seguidas invariablemente por la prosperidad y la abundancia...! Infortunadamente, los humanos no somos tan rigurosos con los cambios: la miseria afea de manera permanente muchos paisajes del planeta; la guerra es endémica en otros; en algunos lugares la represión es un invierno interminable.

Frente a la explosión de vida y lozanía que hace reverdecer todo el entorno uno se siente alegre y, al mismo tiempo, un poco avergonzado. Alegre porque la resurrección de la naturaleza es avasalladora: un verdadero canto de vida y esperanza (para decirlo en términos de Rubén Darío). Avergonzado, porque nuestro entusiasmo coexiste con los crímenes más abominables, con la violencia más atroz, con la pobreza más sórdida.

Hace sólo unos días, cuando ya empezaban a imponerse los retoños, llovían las bombas y los cohetes en el sur del Líbano. Mientras escribo, sigue la guerra civil asolando las calles de Liberia; rusos y chechenios persisten en sus sangrientas diferencias, mientras los neostalinistas de Rusia intentan recuperar el poder ¡¡¡por la vía democrática!!! Hay un mundo de infamia, de odio y de mugre que prolifera no

demasiado lejos de nuestros sueños y de nuestros jardines. La podredumbre moral y física de los seres humanos coexiste con el renacer de la naturaleza y lo contamina.

La reflexión sobre esa coexistencia resulta aterradora: ensombrece y hace precarias nuestras seguridades, trivializa nuestro júbilo más espontáneo. Ahora mismo, al tiempo que cuida unos tiestos de gardenias, mutilan a centenares de mujeres en África y millares de niños en Caracas y en Río chapotean entre las inmundicias de las chabolas; ahora mismo hay hombres y mujeres en las celdas hediondas de las cárceles de Cuba y de la China, y niñas que estrenan la prostitución en los burdeles de Bangkok y mendigos que deambulan con sus excrecencias por los vagones del metro neoyorquino.

Esta enumeración tal vez quiere ignorar a las víctimas de otras calamidades: a los que esta misma mañana un tornado les deshizo la casa de sus sueños, a los que un accidente o un criminal les arrebató para siempre la compañía de un ser querido, a los que agonizan en los espantosos pabellones del cáncer o la lepra. Frente a ese enorme mural de la miseria humana, la naturaleza, con milenaria indiferencia, levanta su portentoso toldo de verdor que parece invitarnos al regocijo, a la armónica reconciliación con el mundo, pese a su brevedad, a su precariedad.

Es sano, pienso yo —no obstante la válida reflexión que estos contrastes nos imponen— sumarse a ese entusiasmo de la naturaleza por insensible y perecedero que pueda parecernos. El hombre que, al decir de Alejo Carpentier, “es capaz de amar en medio de las plagas” sabe —si es que algo sabe— lo frágil y breve que es la alegría y la necesidad de poseerla en presencia del mal y de la muerte. Por ello el que espera el cadalso aún puede alegrarse con el canto de un ave, y el condenado a trabajos forzados, celebrar un amanecer o el surgimiento de una insólita flor entre las piedras de su castigo.

Trinidad 1967 - Firma de los Estatutos de la Great Britain's Friends Society



VICENTE ECHERRI: NUESTRO ESCRITOR INVITADO DEL NÚMERO DE OTOÑO 2018

Vicente Echerrri (Trinidad, Cuba, 1948) se define como autodidacta. Aún viviendo en Cuba, cursó estudios de teología que se interrumpieron cuando denunció desde el púlpito los horrores del presidio político —que ya él había conocido— y el silencio cómplice de las iglesias. Salió de su país en 1979. Ha publicado poesía (*Luz en la piedra*, 1986; *Casi de memorias*, 2008); ensayos (*La señal de los tiempos*, 1993) y relatos (*Historias de la otra revolución*, 1998 y 2018; *Doble nueve*, 2008). *Estancia en los sentidos* (volumen que recoge casi toda su obra poética), acaba de aparecer en Madrid con el sello de Biblioteca Nueva. Ha ejercido el periodismo de opinión durante más de treinta años y ha traducido numerosos libros del inglés al español. Reside en Estados Unidos desde 1980.



Echerrri - Verano de 1986, en Londres

ESTANCIA EN LOS SENTIDOS

(Obra poética
reunida)

VICENTE
ECHERRI

Poesía

A la venta en estos y otros sitios

Popularlibros.com

https://www.popularlibros.com/libro/estancia-en-los-sentidos_896393

Prometeo Librerías

<https://www.libreriaproteo.com/libro/ver/id/2101077/titulo/estancia-en-los-sentidos.html>

La Isla Libros

<http://www.laislalibros.com/libros/estancia-en-los-sentidos-L6132001327/>

Abacus5

<https://online.abacus.coop/es/estancia-en-los-sentidos.html>

Librería Cervantes

<https://www.cervantes.com/autor/288861/echerrri--vicente/>

Biblioteca Nueva

<http://picbear.online/biblioteca.nueva>

Amazon.es (España)

<https://www.amazon.es/Libros-Vicente-Echerrri/>

El Corte Inglés

<https://www.elcorteingles.es/libros/A25868344-estancia-en-los-sentidos-tapa-blanda-9788417408022/>

Rafael Alcides PÉREZ

Epitafio

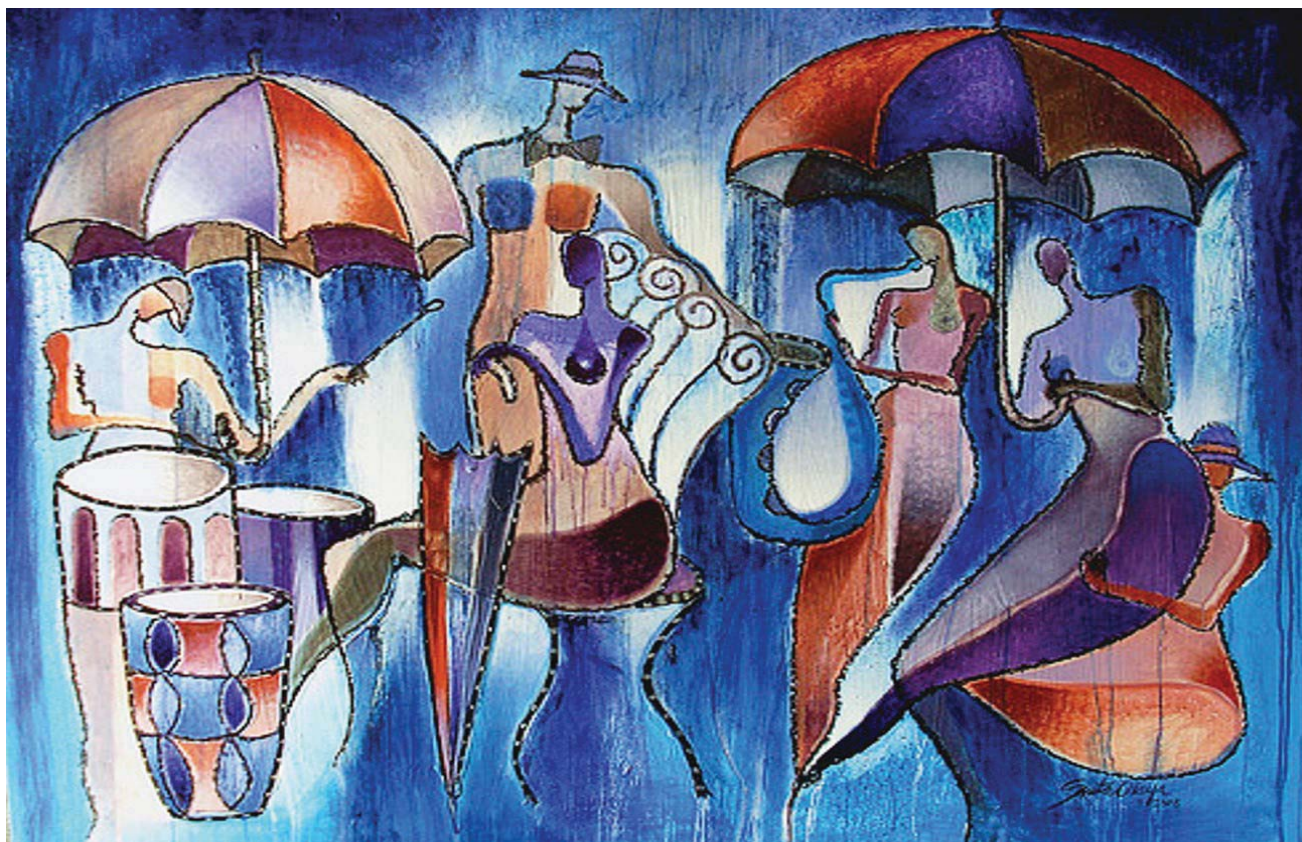
Un pañuelo, unas aspirinas,
dos o tres palabras misteriosas,
pero suficiente
en la ciudad. Ningún vaso de agua.
Eso os dejo. Lo demás
es mi secreto, mi derecho.
Mi estampido final en las periódicos.

Poema de amor

Te devuelvo tus manos, tus muslos, tu silencio,
todo lo que fue bello entre los dos
y, como tal,
quedará para siempre en la fotografía.
Me quedo con once calcetines por casar, sin
refrigerador
ni junta pra la olla de presión, sin el reloj;
y el canje de los libros, pendiente;
y mis dudas sobre el radio.
Y los libros que se perdieron.
Me quedo sin platos ni tazas ni shorts ni colador.
Con cuatro sábanas solamente me quedo
de todo lo que en septiembre aquí encontraste,
y un vale perdido de calzoncillos en el tren.
Tuve la posteridad cuando te desnudabas
y lo lamento. Te pedí por favor que no me
ayudaras.

Devuélveme la llave.

Hiremio García Calveiro (Santaolaya)



Los ministros

Cada vez que oigo hablar de un amigo
al que van a hacer ministro,
alguien borra una parte de mi vida.
Me quedo solo en el parque Aguirre
con aquella camisa Mc Gregor que jamás llegué
a tener,
conversando en la noche con nadie.
El poder no siempre corrompe a los hombres,
pero los separa.
Entre un ministro y yo hay algo más que un
escritorio
de por medio:
Los ministros sueñan.
Avanzan en su máquina cargados de sueños,
con sueño. Sin tiempo siquiera
para poseer a su mujer, acariciar a sus hijos.
Un ministro no es un tipo cualquiera del pasado,
es alguien que ya está en la Historia.
De él depende todo el día de mañana.
Y sueña.
Firma documentos.
Discute. Toma su corazón y lo pone de
maquinaria
donde hacían falta piezas de repuesto.
no sale al teléfono.
No tienen derecho a estar tristes los ministros.
No beben cerveza
en público. No van al cine.
Jamás los encontramos en un ómnibus.
Un ministro es tal vez el ser más infeliz del
mundo.
El más solo.
Sus amigos de antes, los más desgraciados.

La memoria no debiera alimentarse del recuerdo.

Los ministros debieran nacer ministros,
es mi última palabra. Entre las lágrimas.

Epigramas (iv)

Un poema puede ser
una máquina de la emoción
o una máquina de la inteligencia.
(La emoción pasa).

Epigramas (I)

Los pactos entre bandidos y caballeros no
funcionan
y llevan a la cárcel al caballero.
El bandido nunca se hará caballero
pero el caballero termina convirtiéndose en
bandido.

Epigramas (iii)

Olvidar es grato
pero peligroso:
la cárcel y la muerte
están llenas de seres olvidados.

En el entierro del hombre común

A Raúl Luis

Cuando un entierro con dos máquinas solas
pasa y nadie se fija, yo tiemblo, me estremezco,
palpito; siento miedo de ser un hombre.
Pero me sobrepongo.
Algo muy importante acaba de suceder en el
mundo
y empiezo a tararear el himno nacional.
A estas alturas mi corazón no puede más.
Había seguido con la vista el entierro.
De pronto echo a correr,
me reúno con los que están junto al hoyo,
tomo valor yo también para dejar caer el terrón.
Ese muerto es para mí el triunfo de la especie,
ese muerto anónimo que fue el alma del combate
sin embargo,
pero, ahora,
ese muerto solo:
sin más victoria que el silencio.
Y lloro militarmente en la tumba de mi único
general.

Teatro

Ya esto se acabó. Vestido de rey
él sigue tomando baños de sol en la terraza,
y un periodista extranjero, alguien
desconocedor de las magias del difunto,
diría equivocadamente que a pesar de sus
achaque
el enfermo resiste. Pero tú y yo, Señor,
sabemos que esto se acabó,
que todo ha terminado, que los pronósticos
se cumplieron. Que para el caso
es como si toda aquella larga agonía
que hizo de nosotros
estas pobres sombras que desde la muerte miran,
hubiese llegado a su fin, y de todo ello
ahora sólo quedarán ropas amontonadas en el
garaje
listas para ser echadas en el horno,
el olor de las velas, alguna esperma en el piso,
un silencio muy grande
y unas cuantas flores marchitas
que se cayeron de las coronas.
Lo del personaje en la terraza es película,
ficción,
propaganda para que siga el espectáculo.



Amado González

IN MEMORIAM RAFAEL ALCIDES PÉREZ

Rafael Alcides Pérez (1933-2018). Poeta cubano, cursó la primera enseñanza en su ciudad natal y el bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de Holguín y en las Escuelas Pías de La Habana (1946-1949). Realizó estudios de química industrial en la Escuela de Artes y Oficios de La Habana (1950). Ha viajado a México (1955), Estados Unidos (1956 y 1959), Argentina, Chile, Uruguay y Venezuela (1961). Fue productor, director y escritor de radio; durante varios años dio a conocer a los poetas cubanos a través del programa “En su lugar la poesía”. Colaborador en Unión, Casa de las Américas y La Gaceta de Cuba. Premios: 1965. Mención en el Concurso Casa de las Américas por su novela *Contracastro*, aún inédita. Bibliografía activa. *Himnos de montaña*, 1961; *Gitana* (poesía), 1962; *La pata de palo* (poesía), 1967; *Agradecido como un perro* (poesía), 1983; *Y se mueren y vuelven y se mueren* (poesía), 1988; *Noche en el recuerdo* (poesía), 1989, *Nadie* (poesía), 1993. Bibliografía pasiva Díaz Martínez, Manuel. “La pata de palo” en *El Mundo*, La Habana, 4, dic. 13, 1967. Piñera, Virgilio. “La pata de palo”, en *Unión*. La Habana, mar., 1968.

Rafael Alcides Pérez falleció en La Habana en junio de 2018.

León de la Hoz

El último Alcides, agradecido como un perro*



Photo; Havanatimes.org

Alcides era uno de los apodos de Hércules y el diminutivo de Alceo que significa valor, disciplina, sinceridad, amor y fuerza. Por si esto fuera poco, además de poseer todas esas virtudes, tan escasas en nuestros días, Rafael Alcides es uno de los poetas más representativos de la poesía cubana del siglo XX y de la generación de los 50 a la que pertenece. Acaba de morir, dicen, y seguramente será así, sin embargo la prensa del país donde vivía, su país, nuestro país, no ha dicho nada. Cualquier país normal sentiría orgullo de un poeta de su envergadura, la pérdida habría llenado las primeras planas de los periódicos o en su defecto, ya que en Cuba hay pocos periódicos pero no hay periodismo, el espacio que hay entre la tierra y el cielo, que es el lugar apropiado donde las patrias acogen a los grandes hijos como Alcides. Así paga el actual Gobierno cubano la sinceridad y la valentía de un hombre que se caracterizó por decir siempre lo que sentía, a veces con una

ingenuidad peligrosa en un país donde la doble moral es una condición lógica para sobrevivir y de eso sabemos bien los que sobrevivimos. Lo cierto es que Alcides ha muerto y yo me quedé por recibir una vez más uno de esos abrazos que él daba como nadie.

Después de saber la triste noticia he llamado al poeta Manuel Díaz Martínez. Cuando uno está lejos de todo a veces lo poco que tiene es poder hablar con un amigo con quien pueda recordar el camino de vuelta a casa, y eso hicimos Manolo y yo. Recordamos aquellos años en que a pesar de que yo era muy joven me juntaba, en contra de la opinión de la Brigada Hermanos Saíz de imberbes escritores y artistas, con aquel grupo de escritores de la generación de los 50 que habían sido castigados con penas más o menos largas y duras después del Congreso de Educación y Cultura en 1971, a veces por discrepar o por ser sospechosos, o sencillamente porque escribir incluse dentro

de la Revolución era un oficio peligroso a merced de quienes trazaban las líneas del fuera de juego. Fueron años duros para estos escritores, parafraseando a Jesús Díaz, y de esos tiempos quedó un reguero de víctimas, mis amigos eran parte de ellas. La lista de aquellos castigados era larga y sus penas estaban coronadas con el silencio. La política del silencio ha sido el mejor de los castigos que el Gobierno ha manejado con los escritores y buena parte de ellos lo ha sufrido de alguna manera como parte de la terapia revolucionaria y el tratamiento sanitario a quienes movieron un pie fuera de la línea que trazara Fidel Castro en 1961, “Dentro de la Revolución, todo. Contra la Revolución, nada”.

Conocí a Alcides a principio de los 80, no recuerdo exactamente cuando pero sí puedo decir que fue antes de 1984 porque aún yo no había ganado el “David” de ese año, quizá cuando acababa de publicar *Agradecido como un perro* (1983). Creo que nuestro primer encuentro se produjo en la casa de Malecón, la casa de César López donde nos veríamos todas las semanas para hablar mal del Gobierno y los gobernantes, políticos e intelectuales. Luego algunos de aquellos silenciados fueron nuevamente aceptados e incluso integrados después de un proceso paulatino de desactivación. Sin embargo Alcides, terco en la sinceridad sobre lo que había creído y de lo que se sentía traicionado, no se dejó seducir por el juego de espejos que proponía el Gobierno otorgándole identidades nuevas a aquellos que antes fueron víctimas de la represión ideológica. Se sentía traicionado por la Revolución y actuó en consecuencia. Habrá mucha gente que lo recordará por sus poemas y por su actitud, pero otros también lo recordaremos por la ternura con que templaba su vehemencia. Era un hombre muy amoroso con los amigos, que gesticulaba abriendo los brazos y las manos como si hablara también con ellos, y a todos los encuentros ponía esa voz radiofónica que acompañaba su voz de poeta que parecía salido de una forja.

Alcides ha muerto, yo lo recordaré, su familia lo recordará, los amigos y los lectores lo recordarán y lo querrán. No importa que el Gobierno de su país no haya cumplido con el deber de recordarlo, este Gobierno y sus representantes,

posiblemente quedará para siempre en la memoria del país. Era un hombre bueno, digno y un poeta excelente, virtudes cada vez más necesarias en un país que posiblemente haya perdido a su último Alcides.

El agradecido

A Nati Revuelta

Toda mi vida ha sido un desastre
del que no me arrepiento.
La falta de niñez me hizo hombre
y el amor me sostiene.

La cárcel, el hambre, todo;
todo eso me ha estado muy bien:
las puñaladas en la noche,
y el padre desconocido.

Y así de lo que no tuve
nace esto que soy:
bien poca cosa, es verdad,
pero enorme, agradecido como un perro.

(1963)

LEÓN DE LA HOZ. Santiago de Cuba, 1957. Ha publicado *Coordenadas* (La Habana, 1982); *La cara en la moneda* (La Habana, 1987); *Los pies del invisible* (La Habana, 1988); *Preguntas a Dios* (Madrid, 1994); *La poesía de las dos orillas. Cuba (1959-1993)*; (Madrid, 1994 y 2018, 2º ed.); *Cuerpo divinamente humano* (Madrid, 1999), ilustrado por Roberto Fabelo, *La semana más larga* (novela) (Madrid, 2007). *Los indignados españoles: del 15M a Podemos* (Madrid, 2015), *Vidas de Gulliver* (Madrid, 2012 y 2016).

En Cuba, entre otros premios nacionales, obtuvo los premios “David” (1984) y “Julián del Casal” (1987), ambos de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Dirigió la revista cultural *La Gaceta de Cuba* y fue cofundador y director de la revista online *Otrolunes*. Ha sido incluido en numerosas antologías.

Escribe el blog *Habeas Corpus*, donde publicó este texto, el 23 junio, 2018,

Teresa DOVALPAGE

La muerte entra por la cocina

Hiremio García Calveiro (Santaolaya)

Capítulo I: Merenguitos

El oficial de Aduanas arqueó una ceja al ver el vestido de novia. Inspeccionó el cuerpo de satín con apliques de tul, las mangas de encaje y la cola de medio metro de largo. Terminado el examen, le echó una ojeada de sospecha a la pareja que esperaba ante él. La mujer era una rubia altota que parecía tener cuarenta años. Llevaba falda azul, blusa beige de algodón y botinas con turquesas incrustadas, y esbozaba una sonrisa de circunstancias. El hombre, más joven y algo achaparrado, vestía vaqueros y un jersey del equipo Los Padres de San Diego. Las manos le temblaban cuando abrió el pasaporte en la página de la fotografía.

--Ah. ¿Usted viene a casarse aquí? ---le preguntó el oficial a la rubia.

Las mejillas se le tiñeron de rosa.

—Sí —contestó, sonriéndole al vestido que se transparentaba a través de la envoltura plástica.

Aquello le olió mal al aduanero. ¿Desde cuándo los americanos se matrimoniaban en Cuba?

—¿Con él? —inquirió desconfiado, señalando al hincha de Los Padres.

Los dos se apresuraron a corregirlo, atropellándose y al mismo tiempo.

—¡No, no! —Somos amigos nada más.

—Yo soy la que se va casar —explicó la mujer—.

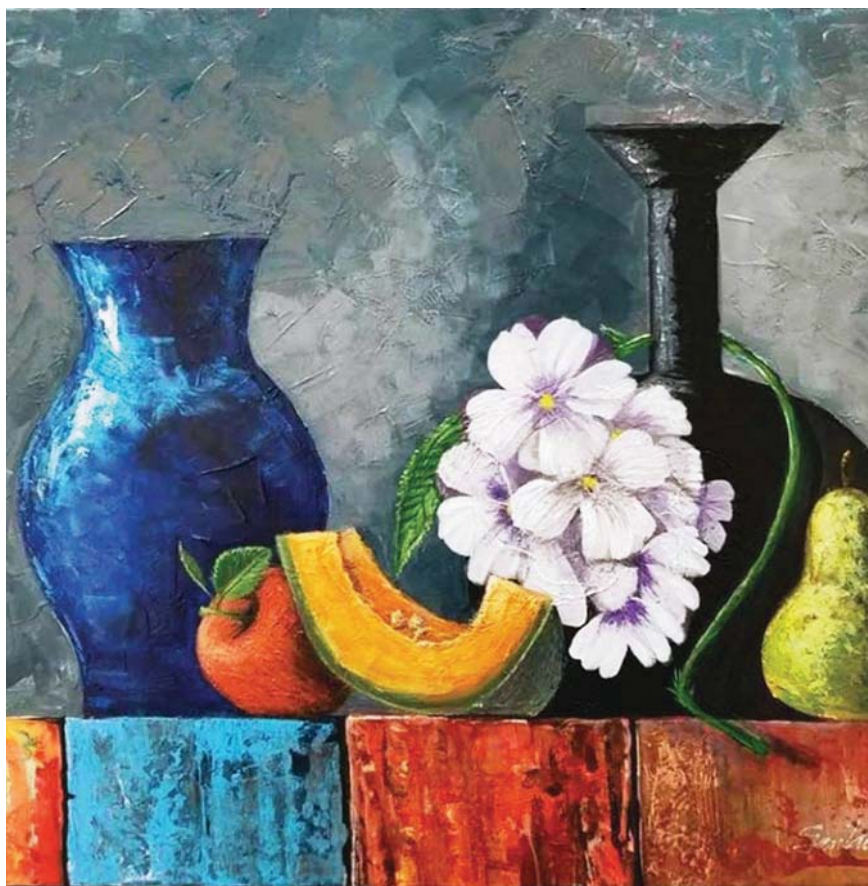
Con un cubano.

—Ah.

Esto tenía más visos de verdad. El aduanero reconsideró su decisión inicial de mandar a la pareja al Control de Seguridad. Después de ojear su pasaporte, que no selló, le indicó a la mujer que siguiera adelante.

—Bienvenida a Cuba, Anne —dijo.

—Gracias, compañero.



Anne se alejó, con las mejillas todavía coloradas. El hombre, al que su pasaporte identificaba como Matthew Sullivan, esperó nervioso mientras el “compañero” inspeccionaba su mochila. El set de regalos marca Hugo Boss (un reloj, un par de gafas de sol y tres calzoncillos con monograma) provocó una mueca burlona del aduanero.

—¿Son suyos? —preguntó.

—Sí, señor.

—Bueno, vaya a recoger su equipaje.

Matt dejó escapar un suspiro de alivio y se apresuró a encontrarse con Anne en el salón de espera. En una esquina hicieron un intercambio furtivo y veloz, mirando a todas partes como conspiradores. Matt acunó el vestido entre sus brazos y Anne tomó el set de Hugo Boss.

—¿Viste qué fácil fue? —le preguntó a Matt.

Él no entendía a santo de qué le habían mentido al aduanero. Pero ella había insistido, asegurándole que tendrían que ofrecer explicaciones detalladas por cada artículo que no estuviera en la categoría de objeto personal. Al cabo lo había convencido. Haber viajado a la isla siete veces convertía a Anne en una especie de experta en asuntos cubanos.

—¿Por qué ese tipo no nos selló los pasaportes? — preguntó Matt—. Creí que tendríamos que pedirle por favor que no lo hiciera.

—Es un gesto de cortesía para los “americanos buenos” como nosotros, que venimos a pesar del embargo —respondió Anne, encogiéndose de hombros—. Bueno, supongo. El caso es que a mí nunca me han puesto un solo cuño y no se me ha ocurrido preguntar por qué.

Recogieron los equipajes: la maleta de Matt, grande y pesada, y dos maletines de Anne. Salieron del edificio de la terminal y se dirigieron al estacionamiento del aeropuerto donde un nutrido grupo de cubanos esperaba la llegada del avión de Aeroméxico.

Un joven delgado y musculoso corrió a abrazar a Anne.

—¡Yony, mi amor!

—¡Mamita!

Resonó el chasquido de un beso. Anne le pasó el set de Hugo Boss.

—¡Coño, qué rico! Matt permaneció apartado mientras buscaba con la vista a Yarmila, su novia cubana. No la encontró. Regresó a la terminal, cuidando de no tropezar con la cola del vestido y fingiendo ignorar las

miradas curiosas o burlonas que lo seguían. Un guardia lo detuvo en la puerta.

—Aquí nada más pueden entrar los que viajan hoy—dijo.

—¡Pero yo estaba ahí hace un momento!

—¿Y qué? Ahora está afuera, ¿no?

Matt dio media vuelta. La gente se había dispersado. Anne y Yony seguían besuqueándose, pero Yarmila no aparecía por ningún lugar.

TERESA DOVALPAGE nació en La Habana, pero desde hace más de quince años se trasplantó a Nuevo México y es profesora en New Mexico Junior College. Ha publicado nueve novelas y tres colecciones de cuentos. Entre las novelas están *Death Comes in through the Kitchen* (Soho Crime, 2018), *A Girl like Che Guevara* (Soho Press, 2004), *Muerte de un murciano en La Habana* (Anagrama, 2006, finalista del Premio Herralde), *El difunto Fidel* (Renacimiento, 2011, premio Rincón de la Victoria en España), *Habanera, a Portrait of a Cuban Family* (Florincanto Press, 2010), *La Regenta en La Habana* (Grupo Edebé, 2012), *Orfeo en el Caribe* (Atmósfera Literaria, España, 2013) y *El regreso de la expatriada* (Egales, 2014).

Amado González



Santiago RODRÍGUEZ

En un bosque de la China, Capítulo 12

En esta casa se bebe el último champán que quedó en Europa, los viñedos han sido arrasados por las botas de los soldados, y se habla también de los himeneos del faraón para contener las crecidas del Nilo, exclamaba la poetisa mayor entre plumas de pavo real y sonrisas, un tono por debajo de su metal de voz, con la boca inmensa pintarrajeada más allá de la comisura de los labios y unas ojeras desprendidas hasta las fosas nasales que le daban un aire de tristeza. Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora campos de soledad, mustio collado, fueron en un tiempo Itálica famosa. Un Paniagua en mi casa, que vengan mis hermanos a saludarla, hay que celebrar.

También ellos traían un ilustre apellido de la Guerra de Independencia, en el cual se habían cagado porque la fortuna, la amasada y dilapidada a raudales, solían pregonar, venía de su madre mucho antes, con un lejano título nobiliario que nunca les dio por ostentar, que existe per se, no nos queda bien sacarlo a relucir, querida amiga, para el cómo queremos llevar la vida sin protocolos. Con el collar de perlas sostenido con la mano izquierda y en la derecha la copa de cinzano y casi algo del meñique enlazado al de Aurora paseó oronda por el salón en su papel de anfitriona. Este es mi hermano el del medio, un poeta epaté, este es su amigo el incipiente

adolescente suicidado, también versificador no conjugado en su realización y aquel que salta como un pica flor es mi marido, no vayamos a interrumpirlo ahora, que se dedica con fruición a recoger los hechos para la página social del periódico de mañana, cronista de oficio, graduado de Filosofía y Letras, elogiado en su cacumen por el mismísimo Medardo Vitier. Por supuesto, la cuñada del presidente no fue invitada. Es capaz de llevarse en la cartera alguna porcelana de colección o mandar luego a un par de delincuentes para que nos saquee. Su masa encefálica, dicen, solo es hábil para el trueque de garbanzos y frijoles. En la calle llaman a ese oficio trapicheo. Por cierto, ¿ha probado el caviar que Olga Romanova trajo? No es del mejor esturión, Aurorita, pero recuerde que estamos en guerra, son difíciles los cargamentos de Irán y Azerbaiyán. Y aquella frágil pasando el dedo por el borde de la copa insistiendo sacarle un sonido de violín es la Leontieva, acaba de desembarcar con los Ballets Rusos para quedarse, hay que buscarle un escenario donde pararla en punta, vamos a necesitar de su cooperación.

San Benito a la buena, buena vida y la pureza de la mente nos fecunde la poesía, escuchó Aurora en sus oídos mientras una seda perfumada le cubría los ojos, un nimbo rosado de agradable esencia. ¿Quién soy? ¿Quién la pretende? Frío, frío. Una vez más. Caliente, caliente, se quema. Por San Judas Tadeo hacedor de milagros, abogado de los casos difíciles y casi en estado de descomposición. Yo soy la maga

Amado González

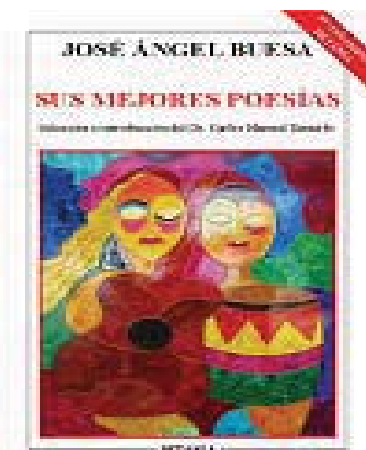
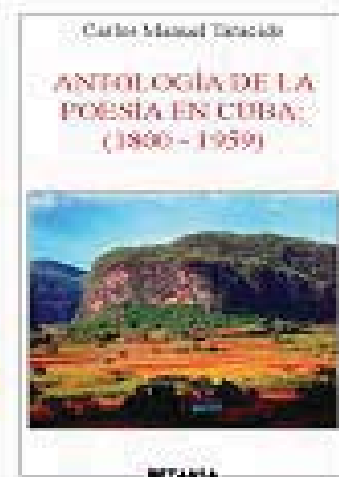
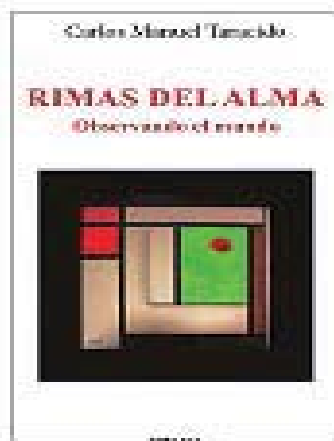


la sonetiza. ¿Se está divirtiendo de lo lindo? ¿Con un hijo ya? ¿Cuántos años tiene? Soy imprevisible para materializar la edad de los adolescentes. Tienen sus cabellos un brillo tan natural y sus vellos un oriente tan espontáneo, que ninguno debería pelarse ni afeitarse. Como ositos de peluche para apretarlos contra el pecho. ¿Cuándo me lo presenta? Yo también pinto, podría hacerle un retrato. Casi seis pies de estatura, no le creo. Qué vientre el suyo para catorce años. ¿Y qué número calza? Amiguita, no puede seguir amamantándolo. El mundo se acaba en el cincuenta. Únase a nosotros en esta primicia de despedida.

Falsos pretextos. Fiestas remotas que comenzaron desde el momento mismo en que sus padres iniciaron el primer divorcio en la isla y ellos tomaron las riendas de la casa, a instancias de la madre que se negó a durar mucho. No les crea ni jota a estos niños precoces en cuerpos de adultos, fueron las palabras fugaces del cronista esposo de la poetisa mayor mientras se llevaba dos aceitunas rellenas a la boca. Enmascaran la cultura de irrealidad porque es lo único que puede salvarlos de la lengua mortífera del prójimo. En el fondo, cuál no sé, nunca trate de intimidarlos, son por naturaleza nobles y si los trata les serán fieles hasta el final. Testigos, simples testigos alborotados. Y yo me siento complacido en el papel de marido que me ha tocado representar por salvar las apariencias. No se asuste, en esta casa nunca se pregunta de dónde viene ni a dónde va ni cómo se las arregla. Todos somos iguales, en la cama o en la taza de servicio con una severa maleza de barriga, sin comparación. ¿Quién, piense, se ha podido librar por un momento de unos retorrijones de estómago? ¿Somos en su opinión y en la de la sociedad que nos toca compartir y nos repele, tan alarmantemente sicalípticos? Su mueca de sonrisa a lo que más da, nada me asusta, siga, me ha hecho feliz, me hace admirarla, siéntase, señora, en su casa.

Ahora me toca a mí, el masculino de la casa. Su marido era una presencia de ley. Varias veces coincidimos en los baños del club Náutico mientras nos quitábamos las trusas. Una vez se me paró delante para que le diera la hora y quedé mudo. Bajé la vista hasta enterrarla en el piso y por Osiris, el dios trucidado y vuelto a componer los trozos, los pies eran como unos pedruscos a la orilla de un oasis, pulidos por el simún del desierto en las tormentosas noches. Si me hubiera percatado de mi feminidad y de mi responsabilidad cristiana, se lo juro, de rodillas se los hubiera lavado y secado como se acostumbra en Jueves Santo en evidente señal de confianza. Si esta visita suya nos abre para siempre la puerta de la amistad, como fue la de nuestros abuelos un día ha, le haré llegar un poema que escribí por aquel entonces afectado por la desinhibición con un trazo ligero y sin freno. Era americano, ¿verdad? ¿A lo Whitman? Con sus recuerdos y sus vivencias matrimoniales podríamos corregir juntos algunas metáforas que circulan en el aire. ¿No quiere otra copa de champán? Mire, la Romanova esta pasada de vodka, lo único que bebe, y se descompone. Quizás se atreva a contar al fin las averías de Rasputín en la corte del Zar Nicolás segundo, la zarina Alejandra Fiodorovna, sus hijas Olga, Tatiana, María y Anastasia, y el eje de la controversia, el

Carlos Manuel Taracido



Para adquirir ejemplares solicítelos
a su autor
en su correo electrónico
taracido@msm.com

zarévich Alekséi, hemofílico de nacimiento, emparentados con ella. Permítame socorrerla un instante antes que se desvanezca y se orine sobre la alfombra persa.

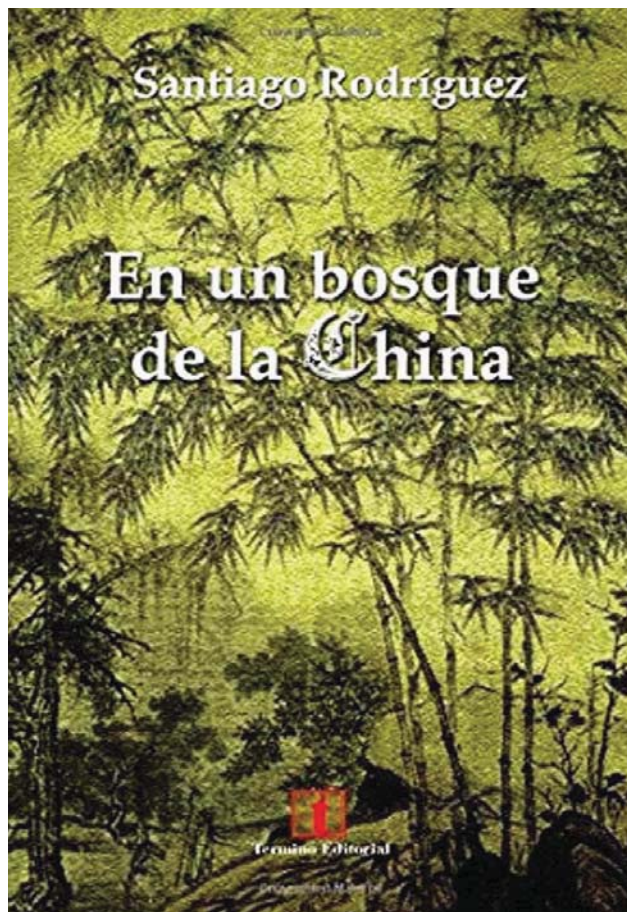
Pasada la medianoche, con las dos manos en la cintura, la anfitriona recitó su último poema dedicado al río más cálido, pero más sucio del mundo que se dobla en los Puentes Grandes para salir a buscar el mar, el Almendares, por donde se demarca Marianao y sigue hasta el comienzo de Miramar. Después de recibir múltiples elogios se acercó a Aurora. Son casi las tres de la mañana, por hoy es suficiente para usted. Sepa retirarse a tiempo. No le será satisfactorio presenciar ni escuchar las pendejadas que hasta la hora del desayuno estos inexplicables hermanos míos puedan decir o cometer. Prefiero que dentro de un año las lea convertidas en un poema, de mis sueltas manos. Aunque la indecisión me mata, no sé qué me gusta más de la escritura, si el abuso de los adjetivos o la sodomia del verbo. Salvo este país, su geografía que adoro, con sus montes y manglares, sus verdes llanos, el insospechado Vedado, el canto de la perdiz, clavados por lealtad en mi oscura memoria. No se despida de nadie. Una Paniagua se escurre, guarda su clase como que por aquí no he pasado, cenicienta, cenicienta volátil. Comidilla de esta casa ha sido siempre la intimidación de dos posibles primos tan hermosos si no hubo algún desliz por el camino de su marido o de usted. Cómo deben haberse agotado en el incesto mientras se deslizaban hacia el orgasmo. En la cláudele práxiles de su heliógono seno, diría Xenofón, el altruista de la lira, a quien el chico suicida tanto imitó. Cuando le haga falta un consejo, llámeme. Siempre tendrá una respuesta cargada de luz para seguir o no seguir. Yo también soy abogada, lo mismo en lo jurídico que en lo criminal. A veces, algún caso de interés lo agarro entre mis manos hasta exprimirlo. Y me vanaglorio de no haber perdido ninguno. El mar sus millares de olas mece divino. Bah, ese no estuvo a mi alcance, tonterías de la cordillera andina, seguidas de extensas llanuras de salitre. Maní, el manisero se va... suena más criollo, o La chanclera, mueva los hombros, esa mulata soy yo, ahora las caderas, pues doy la fiebre y el frenesí, bendigamos la dicha de tener a Simons y a Lecuona. La música nos saca de cualquier apuro. Para la próxima, más rojo en los labios, igual que en Francia por una foto que vi.

Autobiografía de Santiago Rodríguez (“Chago”)

Simplemente Santiago, o el Chago para algunos, nació en Guantánamo el 5 de octubre de 1940, para enterarse en la tercera edad que tal vez pudo ser en noviembre, incertidumbre que estuvo a punto de convertirse en escorpión. al punto de perder el balance de toda una vida. El pado por el instituto de la ciudad natal, lo llevó a tener como profesor de español a Regino `Boti y en sus clases, donde aprendió de todo menos del uso de las preposiciones y los adverbios, supo que las cosas tenían dos caras y ninguna era la de la verdad. que sólo por medio de la justicia

legal, porque también como juez se desempeñaba el poeta por puro formulismo, la ley se aplicaba a su manera y no siempre de la forma más correcta. Asombrado de esa clase magistral, corría después a guarecerse en la pantalla de plata como si fuera un cabaret de cine mexicano, donde Ninón Sevilla bailaba con malicia, víctima del pecado, María Antonieta Pons movía la cintura sin freno y sin seguir los compases musicales, vengándose de los hombres a golpes de cadera y Rosa Carmina, bajo las órdenes de Juan Orol, bajaba del cielo como un ángel donde los gangsteres a tiro limpio se iban a disputar su belleza, porque ella, de seguro, conocía bastante del averno. Así fue creciendo el diminuto Rodríguez acumulando fichas de estrellas, luego directores, después fueron los fotógrafos y hasta los nombres raros de músicos como Miklos Rózsa, Misha Bakaleinikoff o Dimitri Tiomkin, además de inventarse historias novelescas, que guardaba como un precioso tesoro, mis novelas.

Por su habilidad con las ciencias se hizo ingeniero químico en la Universidad de Santiago de Cuba y de rumbo para La Habana, donde único se podía vivir en nefastos tiempos de revolución, continuó con la ingeniería, ahora agronómica, porque al fin y al cabo lo iban a poner a cortar caña, desyerbar platanales o recoger café y lo mejor era prepararse mentalmente. Hasta el día en que conoció a Antonia Eiriz y todo cambió como por arte de magia porque para sobrevivir, como un buen pobre sin esperanza, hay que hacerse artista y ella fue paciente en su formación.



Alberto GARRIDO

La leve gracia de los desnudos (FRAGMENTOS)

1. La celebridad

Hechos que son horribles y atroces en la vida, tienen a veces una fascinante irradiación estética. Así escribió Vostel en uno de sus trabajos sobre la pintura de acción. Lo que nunca sabrá Vostel, y ningún otro viejo lobo del nuevo arte, es que mi rara celebridad en este día se debe a uno de esos hechos: tal vez al más atroz y horrible.

Miss Loomys, la multimillonaria que ha organizado esta recepción para honrarme con una fastuosidad innecesaria, me mira y dice una frase incomprensible, antes de ofrecer una copa que no rehusó. Oigo la música, ¿Bach? Pero lo único importante son los lienzos que cubren todas las paredes de esta segunda planta: dibujos de Masson, pinturas de Acconci y Kosuth, y más allá algunos sagrados: Cezanne, Van Gogh, Chagall, Dalí.

Voy hasta el cuadro de Dalí, un óleo sobre lienzo

que he visto en infinidad de reproducciones. Pero sólo ahora percibo algo extraordinario y perturbador, que me abruma y fascina al mismo tiempo, más allá de las asociaciones demenciales de ese rostro que es una copa, del ojo-tinaja y el ojo-niño y la cuerda-serpiente y el pez-lago y el collar que es una caverna hacia la playa y las piedras que son cadáveres vivientes. Algo me mira o adivina desde el lienzo, y me llama. ¿Me llama? Sí, me induce a seguirlo. ¿El rostro-copa, esos ojos que no son, saltando de sus cuencas para decir que los conozco de algún modo brutal, oscuro, sórdido? ¿Algo temido o buscado en otro tiempo? Miss Loomys dice mi nombre y regreso.

2. Escombros

¿Cuál sería la reacción de miss Loomys y del resto de los invitados si yo sacara de pronto la navaja, si hiciera funcionar el resorte para que aparezca la hoja desnuda? ¿O si sacara el pincel y los pintara con un acrílico metafísico creado por el otro que ha dictado toda mi obra?

Pero no. Los seguiré apretando en los bolsillos.

Hiremio García Calveiro (Santaolaya)



todas las obsesiones y recuerdos, enmascararlos con una sombría tranquilidad, desmentir la visión remota de los senos de mi madre, el halo gris de la adolescente casi soñada, las combustiones sexuales de la mujer de mi padre, la descomposición en serie de la muchacha del segundo piso y del anormal en sombras acechantes bajo el techo, las sucesivas mutaciones de mi esposa y del enorme gato manchado, la aparición monótona de la voz del policía en la Morgue, el foco amarillo del interrogador y el susurro de Mariano culpándome por un altavoz etéreo. Podría reinventarme. Pero siempre estaría el otro, oscilando como un insulto, acusándome.

La navaja apenas brillaba entre los escombros, entre los innumerables desechos metálicos heridos por la intemperie. Por fin dude sacarla y junto con ella rodó el pincel. Y aunque segundos después volví a ser el muchacho que iba para la escuela para recibir unas clases inútiles, en aquel momento percibí un sentimiento desconocido, una adoración fetichista por el pincel y la navaja que esperaban desde hacía mucho tiempo a que yo las rescatara de los desechos. Los llevé a la buhardilla, les hablé entre las cuatro paredes eternamente húmedas a las que nos condenó mi padre cuando repudió a mamá y a su hijo de la parte habitable de la casa, antes de llevar a otra mujer cuyos espasmos amorosos estremecían a cualquier hora el techo de nuestra buhardilla, calentando el aire húmedo que rezumaban las paredes.

Pero nada de eso me importaba. Era feliz mientras limpiaba la navaja y el pincel. Frotándolos, aceitándolos, mi corazón se inflamaba con un calor extraño.

Como un orgasmo.

4. El rostro maquillado

Quisiera mentirme a mí mismo, no creer que la miserable situación familiar me obligó a estudiar en el aburrido mundo de los contadores. Quisiera negar nuestro destierro a una sucia buhardilla, inventar una historia feliz con desayunos alrededor de una mesa, parques de diversiones y cacerías con un perro astuto y fiel. Pero mi padre era un hombre gris, sin historia ni futuro, y su presente era simple: un cobrador del gas que celebraba sus cobros mensuales con una memorable borrachera y que olvidaba sustentar a un hijo que lo oía noche a noche crepitar en el fuego de sus fornicaciones.

Vuelto hacia mamá, como si despertara de una premonición, viendo la esponja detenerse y chorrear sobre su seno, le dije con una voz que traducía la maldición que ella nunca se había atrevido a pronunciar: Mi padre va a morir.

Dicen que fue accidental. Que manejaba el camión destartado hacia una dirección cualquiera cuando la mujer se atravesó en la carretera. Una muchacha rubia de ojos increíblemente azules. Que el camión había chocado contra un árbol. Que un solo golpe le desprendió el corazón a mi padre en el instante que yo despertaba de una pesadilla y la muchacha se esfumaba en medio de la conmoción.

De todas maneras, el pincel y la navaja no son recursos padre en el instante que yo despertaba de una pesadilla y la muchacha se esfumaba en medio de la conmoción.

No fui a sus honras fúnebres, no escuché las palabras que alguien pronunciaría en el entierro, ese purgatorio verbal que se le dispensa a todos los muertos sin que importen sus obras sobre la tierra; tampoco participé en la reunión sobre los derechos de heredad, ni en los novenarios para elevar su alma al cielo. Siempre supe que él había ido directamente al infierno.

Imagino la cara de mi padre en el lecho mortuario, el rostro maquillado, la piel brillante, el engaño hiperrealista en su simulado gesto de reposo, como una imitación de las esculturas de John de Andrea. No hubo odio. No hubo piedad. Seguimos en el sótano y poco después la mujer de mi padre volvió a inundar nuestro techo con sus explosiones orgásmicas arrancadas por hombres casuales.

Lo que nunca he podido explicarme es por qué, aun después de la muerte de mi padre, los senos de mamá continuaron apuntando hacia arriba mientras la esponja, chorreante, era frotada por todo su cuerpo.

5. La cama

No sé cuántos fueron los hombres que entraron en la casa de mi padre para hacer que su viuda ardiera en

Hiramio García Calveiro (Santaolaya)



la llama doble; el último fui yo.

Ninguno de ellos logró lo que yo pude: su apoteosis de burdel en el piso alto e imaginara las frotaciones de mamá en el sótano, me secaba, gastaba el recuerdo de mi padre en el cuerpo de su mujer y regresaba al día de su muerte.

Pasé la noche caminando sin rumbo fijo y escuchando a los perros. Era una noche fresca y pensé cuán absurdo que alguien decidiera morir esa noche, precisamente esa noche. Desnudo en la cama se lo había dicho a su mujer y ella me miró, primero con asombro y después con miedo, antes de decirme: Tu padre murió hace meses. cababa de morir. Yo había acabado de matarlo en el pelo revuelto de ella, en el placer que le había dilatado la nariz, en el dramático orgasmo. Lo había enterrado entre sus piernas y sabía que no era accidental su muerte, que ahora una cantidad indefinible de personas pasaban una mala noche entre las luces fatuas de la funeraria.

Pero yo estaba afuera, perdido en un suburbio, y sentía esa paz que le sucede a la muerte. Absorbía el instante, consciente de que la vida seguiría con indiferencia, sin conmoverme. Y entonces recordé, como si fuera el único hecho que la memoria pudiera rescatar de aquella relación obscena, un momento que apenas tocaba a mi padre: la ocasión en que me obligó a que fuera al cine con su mujer. El frío de la navaja en el bolsillo era el mismo frío, el mismo rencor que mis manos querían comunicarle, una manera de sopesar mi odio por ser conducido como un reo. Ella parecía disfrutar su papel de madrastra amorosa y me apretaba la mano, segura de que no podía escapar, de que ni siquiera lúbrica, potenciar sus secreciones sexuales, esgrafiarla con capas lácteas de revoque que minutos después correrían por la parte interior de sus muslos. Borrando con cada escaramuza de nuestros cuerpos cualquier posibilidad de futuro o melancolía, de odio y amor. ¿Qué guiaba entonces mis pasos, qué sentido racional tendría aquel cuarto donde ella me esperaba para introducir su lengua en todos mis intersticios? ¿La obsesión de visualizarla, de pintar sus erupciones volcánicas sobre la buhardilla?

Incapaz de dormir la siesta, desafié el resplandor de la calle. La mujer de mi padre apareció de pronto, arrastrando a duras penas sus compras y un impulso ajeno me hizo ir hasta ella, rozar su mano para tomar el pesado bolso, subir los escalones y entrar en un recinto que por un momento no reconocí porque las paredes parecían haber sido sometidas al efecto corrosivo de un grabado al aguafuerte. La cama estaba destendida y sobre ella descansaban algunas ropas interiores. El espejo de la mesita de noche había sido sustituido por uno grande, con marco sin pulir, dispuesto a la altura de la cama. Ella cerró la puerta y me empujó hacia el centro de la habitación, invitándome a que me sentara.

las aspas mientras me tragaba o absorbía a través de planos de distintas coloraciones, parodiando escenas eróticas, recuerdos, sucios, y ahora éramos dos objetos cinéticos en una luz, un jadeo interminable, hasta que toda la luz se disolvió y la oí gritar y sus ojos húmedos y sus

lágrimas risibles me dijeron que ya, que no podía más, propiciando nuestra regeneración, el regreso al cuarto y a la cama, mientras terminaba la visión múltiple y cubista de su piel oscura y limpia.

Desde aquella tarde mis visitas se repitieron y con ellas los efectos vibratorios de nuestros cuerpos, las sedientas variaciones cromáticas. Terminábamos exhaustos y abríamos las botellas de cerveza que ella conseguía en el mercado negro. Aquel líquido rociando sus senos, endureciéndolos, dejando en sus pezones crestas espumosas. Ella reía y me tocaba con un dedo largo la punta de mi sexo que, señalaba, se parecía a la torre Eiffel y lo comparaba con el de mi padre que, según ella, se parecía a la torre de Pisa en su perpetua y lenta caída.

7. La muerte

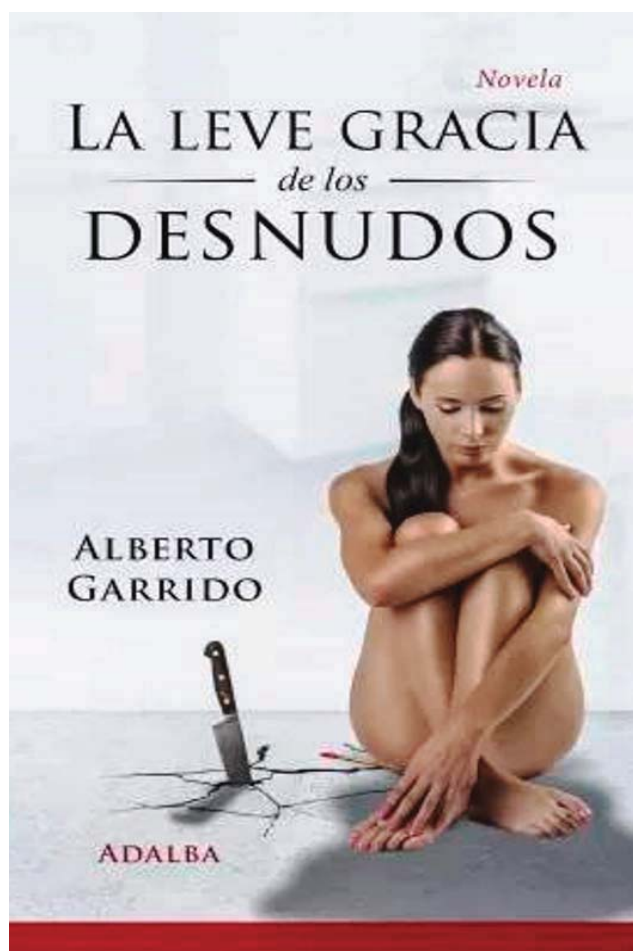
Supe que estaba muerto, que algo en mí se iba secando sin que yo le hiciera caso hasta podrirse y caer. Aunque de día y de noche repitiéramos escenas de burdel en el piso alto e imaginara las frotaciones de mamá en el sótano, me secaba, gastaba el recuerdo de mi padre en el cuerpo de su mujer y regresaba al día de su muerte.

Pasé la noche caminando sin rumbo fijo y escuchando a los perros. Era una noche fresca y pensé cuán absurdo que alguien decidiera morir esa noche, precisamente esa noche. Desnudo en la cama se lo había dicho a su mujer y ella me miró, primero con asombro y después con miedo, antes de decirme: Tu padre murió hace meses.

No era posible. Acababa de morir. Yo había acabado de matarlo en el pelo revuelto de ella, en el placer que le había dilatado la nariz, en el dramático orgasmo. Lo

Amado González





había enterrado entre sus piernas y sabía que no era accidental su muerte, que ahora una cantidad indefinible de personas pasaban una mala noche entre las luces fatuas de la funeraria.

Pero yo estaba afuera, perdido en un suburbio, y sentía esa paz que le sucede a la muerte. Absorbía el instante, consciente de que le recordé, como si fuera el único hecho que la memoria pudiera rescatar de aquella relación obscena, un momento que apenas tocaba a mi padre: la ocasión en que me obligó a que fuera al cine con su mujer. El frío de la navaja en el bolsillo era el mismo frío, el mismo rencor que mis manos querían comunicarle, una manera de sopesar mi odio por ser conducido como un reo. Ella parecía disfrutar su papel de madrastra amorosa y me apretaba la mano, segura de que no podía escapar, de que ni siquiera lo intentaría. Mi mente de niño intuía en ese vestigio de poder una oculta declaración. No, en realidad yo no estaba fuera, constituía el epílogo de su procaz historia de sexo y codicia. En el suburbio comencé a odiarla, a defenderme de su piel, a ignorarla.

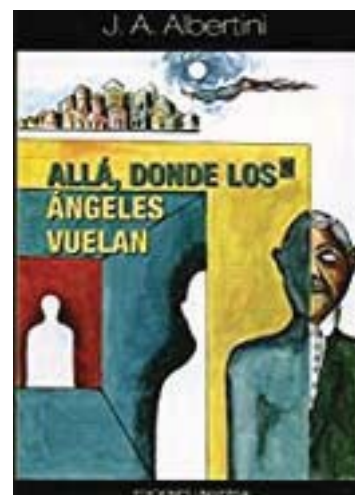
ALBERTO GARRIDO RODRÍGUEZ (Santiago de Cuba,, 1966). Tiene 17 libros publicados en diferentes géneros literarios. Obtuvo los premios Casa de las América (cuento, 1999) y Casa de Teatro (novela, 2006; cuento y poesía, 2015). Trabaja en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en Santo Domingo.

J. A. ALBERTINI

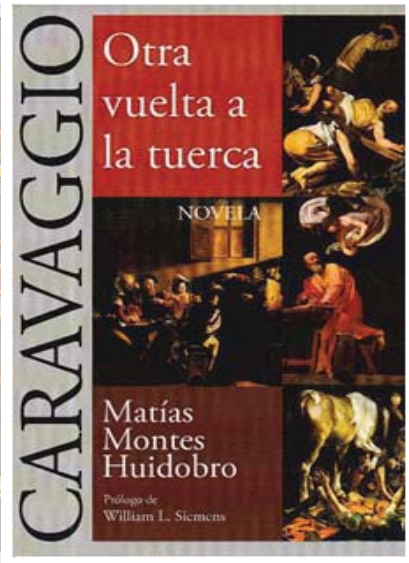
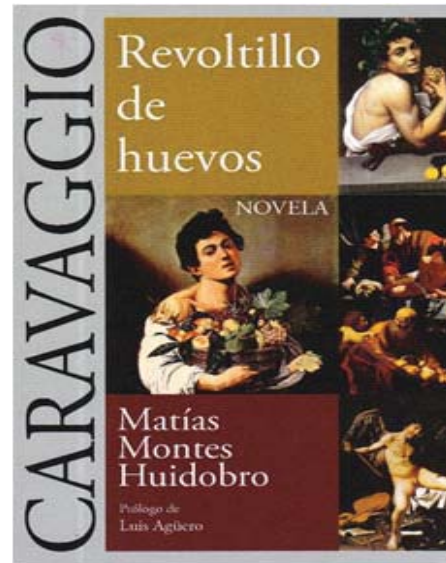
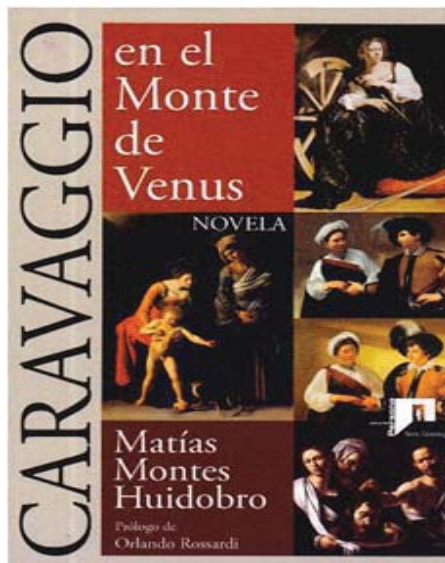
J. A. Albertini



SIEMPRE EN EL ENTONCES
Dos noveletas y ocho cuentos

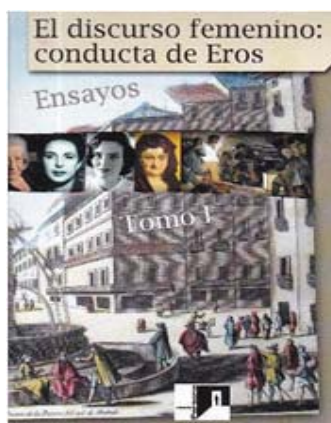


Hannelore Hahn, destacada profesora y especialista en literatura hispanoamericana. señala que “las obras de J. A. Albertini no son retratos de ilusiones sino mensajes de esperanza idealista...”



DE VENTA EN AMAZON

CONTACTO CON EL AUTOR: mmhuidobro@aol.com



ENSAYOS SOBRE LITERATURA ESPAÑOLA SIGLOS XIX Y XX

Felipe LÁZARO

DOS VECES EN EL CUARTEL

A la memoria de mi padre: Felipe Álvarez Álvarez

—No, una no, dos. Fueron dos veces. La primera vez fue a primeros de abril del 58. ¿Te acuerdas? Cuando la huelga. Aquello fue un lío innecesario, por nada. Fíjate, ese día yo abrí La Reina muy temprano, incluso un poco antes que de costumbre, pues me adelanté pensando que era mejor abrir antes y no esperar a que llegaran la mayoría de los dependientes, oficinistas y camioneros. Entonces, dejé entreabierta la puerta principal, ya que estando solo no abría todas las demás puertas del negocio. Al instante, llegó Rubén. Enseguida pensé: “¡Menos mal, ya somos dos en la Bodega!” porque la Panadería sí estaba abierta desde la madrugada con Bautista, “Chigüe”, Gumersindo y otros empleados haciendo pan para la primera hora del desayuno. Pero de inmediato le pregunté a Rubén por lo demás, para sondear el asunto. Pero, imagínate, él estaba algo asustado y casi no me dijo nada. Tú sabes que en esos días todo el mundo andaba nervioso porque el Movimiento 26 de Julio había convocado una huelga general en todo el país. Justo en ese momento se escuchó un señor frenazo de un jeep del ejército de Batista del que se bajaron varios soldados al mando del cabo Lovalle. Yo no lo conocía ni siquiera de nombre. Fue más tarde en el cuartel donde escuché que el general Pérez Clausell lo llamó así. El caso es que ese cabo nada más entró a la Bodega comenzó a preguntarme que por qué no estaban abiertas todas las puertas. Yo le dije, muy educadamente, que porque no habían llegado todos los trabajadores, que Rubén y yo solos no podíamos atender y vigilar todo el mostrador y, mucho menos, el almacén con varios camiones repletos de mercancías. Entonces, me contestó que le hiciera una lista con los nombres, apellidos y la dirección de los trabajadores que faltaban. Incluso, casi gritó que los iba a sacar de sus casas a patadas, que les iba a enseñar a jugar con huelguitas, así, en diminutivo. Fue cuando le comenté que en realidad no se habían retrasado pues aún era temprano y el local ya estaba abierto. Así que el cabo se fue, pero me dijo que volvería en varios minutos por la lista. Ya sabes, todo un compromiso para mí. Menos mal, que a los segundos entraron Julito y Lázaro, al cual envié en su bicicleta a la casa de los empleados que faltaban para que les dijese lo grave de la situación. Mientras, con Julito y Rubén abrimos el resto de puertas de la Bodega, aunque dejamos la del almacén cerrada, hasta que volvió Lázaro diciendo que los hermanos Raúl, Alexis y Memo estaban al

llegar. Así se sumaron otros: Rubencito y Perico, Homero Llerena el contable, los comisionistas Mario y René, los camioneros Pintado y Humberto, los cargadores “Pelotón”, Miguel, Orlando y “Culo de Buey”. Y casi cuando íbamos a abrir la puerta del almacén y sacar los camiones, escuché un montón de gritos y golpes en la Bodega. ¿Quién crees que era? El mismísimo cabo Lovalle con su sudada patrulla, gritando y haciéndoles preguntas a los dependientes que estaban en el mostrador. En eso, Julito salió corriendo para mi despacho y me decía que los iban a detener, que hiciera algo. Así que lo calmé como pude y le ordené que siguiera junto al mostrador. Así que me acerqué para preguntarle al cabo qué pasaba, pues el negocio ya estaba abierto. Y el cabo, allí mismo, delante de los empleados y de algún que otro cliente, me gritó como un animal, pidiéndome la condenada lista. Él, como todos los soldados que le acompañaban, sudaban a chorros, pues esa mañana desde temprano no hicieron otra cosa que abrir negocios a planazos y a culatazos, y se llevaron a una buena cantidad de trabajadores para el cuartel. Así que le dije como mejor pude que no había tenido tiempo de confeccionar la lista, ya que casi todos los empleados habían llegado o estaban al llegar, pues, en realidad, no era tan tarde. Así que mientras le señalaba a todos los que estaban en el mostrador: mi cuñado Rubén y su hijo Rubencito, Julito y Lázaro, y hasta el “Gordito” que temblaba como un flan, ya que los oficinistas y comisionistas estaban en la oficina y los camioneros y los cargadores en el almacén, el cabo me empujó, gritando que por qué no abría el almacén y que me iba a llevar detenido para el cuartel. Yo, la verdad sea dicha, me asusté un poco. Era lógico, figúrate, se decían tantas historietas de malos tratos en

Amado González



el cuartel. Pero, luego, pensé que el cabo era un mequetrefe, un don nadie, y que todo se resolvería con el general Pérez Clausell, pues, como sabes muy bien, él era cliente fijo de nuestra Bodega. Pero el verdadero lío comenzó cuando le insistí al cabo que yo era el que quería ir al cuartel. Muchacho, se puso como una fiera y le dio tremenda patada a una lata grande de galletas, regándolas todas por el suelo. Enseguida, encabronado como estaba, ordenó a los soldados que cogieran pan y lo repartieran gratis en la calle entre los paseantes y transeúntes. Óyeme, aquello sí fue degradante, un espectáculo de locos. Los soldados no solo regalaban el pan, no, lo mordían, mordían las barras de pan, se comían un trozo y el resto lo tiraban en la acera. Sacaron dos cestas grandes llenas de libras de pan a la calle para repartirlas. Hubo clientes que al ver aquello se daban media vuelta y regresaban a sus casas. ¡No querían el pan ni regalado! Ahora, lo más grande fue lo que hizo Tomás, el bodeguero de la esquina. Venía y cogía diez o doce libras de pan y se las llevaba para su tienda, regresaba y cogía otras diez barras. Así hizo varios viajes. Total, para luego venderlas. El muy descarado envió hasta a su hijo Tomasito para que también cogiera pan. Pura desfachatez.

Aprovechándose de la situación, ese día vendió el mejor pan de su vida, pues él no nos compraba a nosotros y el pan que vendía de otra panadería era malísimo. Pero, espera, espera. Encima de todo ese panorama, el cabo ordenó a sus soldados que llenaran de barras de pan y bolsas de galletas el *jeep* del ejército para llevárselos al cuartel. Figúrate, uno no podía hacer nada, ni chistar, porque esos energúmenos eran capaces de todo. Incluso cuando subí a uno de los *jeep* en plena calle, que estaba llena de curiosos, uno de los soldados me dio un empujón que por poco me caigo. A los pocos minutos todo el pueblo sabía

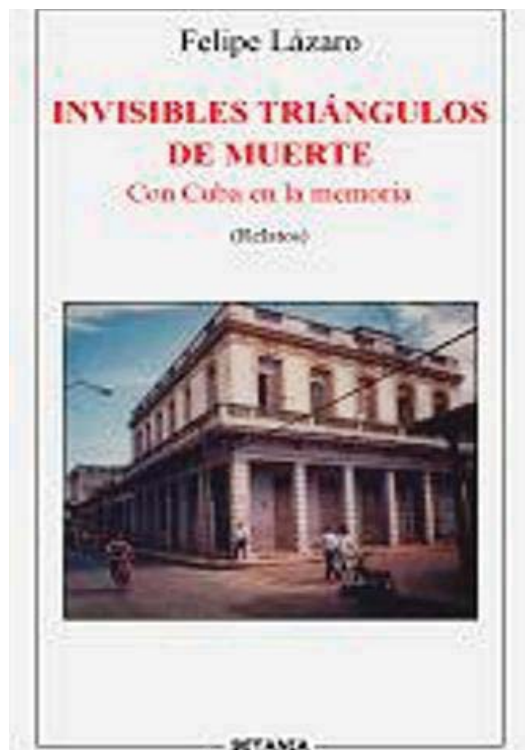
de mi detención, ya decían que me habían dado hasta una paliza en la Bodega. Pero cuando llegamos al cuartel todo se normalizó, porque el general, delante de mí le echó tremenda reprimenda al cabo por excederse en sus funciones. La verdad es que le habló muy fuerte. Pérez Clausell no sabía cómo disculparse conmigo e incluso me prometió que el ejército me pagaría los daños ocasionados, sobre todo, el pan y las galletas que habían estropeado o regalado. Y ordenó que me llevaran inmediatamente en un *jeep* a la Bodega, junto con el pan y las galletas requisadas. Entonces, yo le agradecí su comportamiento y su caballeroso gesto, pero agregué que les regalaba la mercancía y prefería volver caminando, puesto que solo eran dos cuadras. A lo cual accedió muy amablemente. Ahora, lo que sí recuerdo es que al salir del despacho del general me tropecé con el cabo. Pero cuando quise mirarlo, sus ojos estaban clavados en el suelo. En el pasillo continúe escuchando cómo el oficial lo regañaba y le decía que si era tan comecandela lo que iba a hacer era enviarlo a la Sierra

Maestra. No lo degradaron de milagro. Ya cuando regresaba caminando a la Bodega, la gente me paraba para saludarme y preguntarme qué me habían hecho y si estaba bien. Por esos días, hubo cantidad de disparates que tuve que desmentir. Ya en la Bodega, toda la familia estaba nerviosísima, mis hijas llorando y diciendo cosas horribles sobre Batista. Ya tú sabes, eran estudiantes: la mayor en la Universidad y la menor en el Instituto. Pero yo nunca me he metido en política ni me meteré. Fíjate, compré una buena cantidad de bonos del 26 pero ni cogí los bonos, les decía que los revendieran. Ah, sí, la otra vez fue hace poco, a los pocos días del triunfo de la Revolución. Vino a verme un oficial rebelde, amigo de una de mis hijas, para decirme que el cabo Lovalle estaba detenido y que lo habían puesto a limpiar, desnudo, las caballerizas del cuartel y que lo

pensaban enviar para La Habana y celebrarle un juicio. La verdad, que al oír aquello, yo me molesté mucho y le dije que eso no se podía hacer con un hombre, que estaba mal, que no era justo. Así que enseguida traté de hablar por teléfono con el nuevo jefe del cuartel, el comandante del Ejército Rebelde, Raúl Díaz. Pero fue imposible, tú sabes que esos primeros días de enero el cuartel era un hervidero de gente, siempre estaba a tope. Por lo tanto, me acerqué caminando al cuartel y pude hablar con el comandante Díaz y le rogué que sacara a aquel pobre hombre de limpiar mierda de caballo. Y que eso del juicio en La Habana era un disparate pues yo no lo acusaba de nada. Pero, el nuevo comandante me dijo que no me preocupara, que el cabo era responsable de hechos peores. Creo que lo acusaban de haber matado a varias personas, entre otras a un viejo luchador campesino en Catalina, y tenía que afrontar la justicia revolucionaria. Así que salí más

tranquilo con mi conciencia, pues el oficial dio la orden de que lo bañasen, lo vistiesen y lo llevaran a una celda. Por lo menos estaría mejor. Más tarde, me enteré que lo condenaron a la pena de muerte, pero se salvó del paredón porque se escapó mientras lo trasladaban a la Fortaleza de La Cabaña. Pero, fíjate, cómo es la vida, el hijo de una de sus víctimas lo reconoció en La Habana y lo mató de cinco tiros en un bar de mala muerte. Nunca mejor dicho, ¿no crees? Y así fue como estuve dos veces en el cuartel de Güines. Dos veces, no una, como tú dices.

FELIPE LÁZARO (Güines, 1948). Poeta y editor cubano. Fundó la casa editora Betania en Madrid, España (1987). Autor de varias antologías de la poesía cubana del exilio y de libros de entrevistas a Gastón Baquero. Sus últimos títulos publicados son: *Tiempo de exilio. Antología poética, 1974-2014* (2016) y el libro de relatos *Invisibles triángulos de muerte. Con Cuba en la memoria* (2017).



ILUSTRAN ESTE NÚMERO

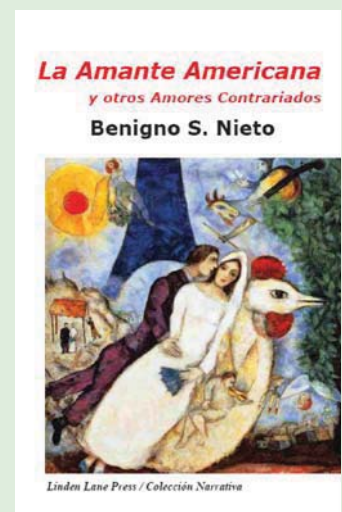
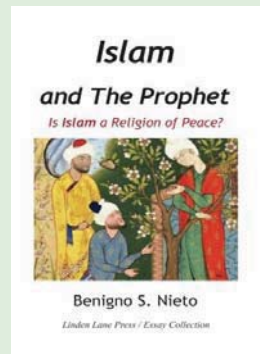
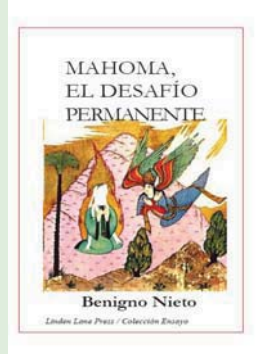
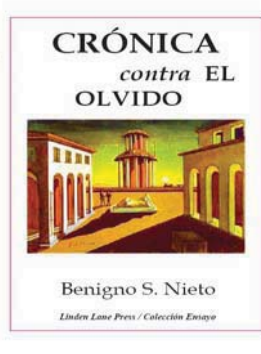


Amado González es un artista nacido en La Habana, Cuba. A edad muy temprana comenzó a pintar y hacer esculturas en la escuela municipal de arte de su ciudad, graduándose más tarde en la Academia de San Alejandro, en La Habana, en 1976. Amado González ha participado en numerosas exhibiciones internacionales y hoy sus pinturas se encuentran en varias colecciones privadas y públicas alrededor del mundo. Durante muchos años residió en Elizabeth, NJ., pero en la actualidad vive en Cali, Colombia.



Hiremio García Calveiro (Santaolaya) nació en La Habana en 1961. Autodidacta. Desde muy joven se unió a un grupo de destacados artistas contemporáneos de diferentes estilos, y creándose así mismo uno que lo define con una identidad propia. Es dueño de una galería en el Distrito Cultural de Hialeah, ciudad que limita con Miami, y forma parte de un grupo de reconocidos artistas plásticos. Su obra se encuentra en varias colecciones privadas en distintos países.

LIBROS DE BENIGNO NIETO EN LINDEN LANE PRESS



A la venta en Amazon o pídalos directamente al autor a su correo electrónico: b.nieto275@gmail.com

Benigno S. NIETO

Borges, Padilla y el barroco

En los '80, cuando Heberto Padilla viajó a Buenos Aires a la Feria del Libro, aprovechó la ocasión para conocer a Jorge Luis Borges. Su almuerzo con el autor de *El Aleph* lo dejó plasmado en un breve artículo de tal plasticidad que el lector compartía el almuerzo y la curiosidad de un Borges que se mostró agradecido del placer de la comida y “el lujo de comerse un panecillo” que el médico le tenía prohibido. Esta fue la única pudorosa referencia de Borges al hecho de que padecía un cáncer terminal.

El Nuevo Herald publicó la foto del anciano Borges con Padilla sentados a una mesa con un mantel blanco en un restaurante de Buenos Aires. Dos genios de la literatura: el anciano argentino de poemas pulcros y gran fabulador de sorprendentes narraciones, y el poeta cubano que estremeció con sus poemas al universo de “lo político correcto”, y provocó la ruptura de la mayoría de los intelectuales del mundo con la Revolución Cubana.

Pero volvamos al restaurante, donde el argentino maldecido por las izquierdas, y el cubano maldecido por la izquierda y la derecha, conversaban. Antes de sentarse a la mesa sucedió una anécdota simpática: Borges elogió por elegante el British tweed que vestía Padilla, que se limitó a

darle las gracias, sin explicarle a Borges que se trataba de un traje viejo usado, donado a los pobres, que Belkis le había comprado en el Salvation Army de Elizabeth, NJ.

Borges se interesó más por los avatares del poeta en un calabozo de Castro, que en hablar de su obra o de sí mismo. Cuando Padilla le explicó que para contar el tiempo, “marcaba los días en la pared haciendo rayas con una cuchara”, a Borges le fascinó esa imagen de un poeta en un calabozo tapiado, creando la magia donde vida y literatura se confunden.

Padilla en un poema: Y la pared garabateada a punta de cuchara / nombres / fechas / despedidas / pedazos de oraciones...

En cuanto vi a Padilla lo felicité por “Los libros y la larga noche”, el título con que se publicó su artículo en El Nuevo Herald. Padilla me miró con un gesto de cansada resignación:

—Ese no era el título, lo cambiaron.

—¿Y cuál era entonces?

—Los libros y la noche—, me contestó.

De súbito comprendí que Padilla había citado como título los versos del “Poema de los dones”, del propio Borges,

Hiremio García Calveiro (Santaolaya)



cuyas primeras cuatro líneas describía con irónico estoicismo una ceguera que, como ya sabemos, casi la transformó en un don.

*Nadie rebaje a lágrima o reproche
Esta declaración de la maestría
De Dios, que con magnífica ironía
Me dio a la vez los libros y la noche.*

—¿Y por qué lo cambiaron?— le pregunté.

Padilla repitió la mueca de resignación:

—Un editor que no respeta el sustantivo y se saca un adjetivo de su cerebritito para darle brillo.

—¿Y por qué le das tanta importancia a una sola palabra? Vaya, no es para ponerse triste.

—Un adjetivo de más puede joder un poema. Es como un mojón sobre un piso de mármol blanco.

Padilla siempre me daba lecciones, pero yo era un alumno mediocre. En este instante, su espíritu se asomó sobre lo que escribo, y de nuevo me regaña: —¿Otra vez, Benigno? Ya te lo he advertido antes, que nunca te calumnies ni te subestimes, tus detractores se tomarán el placer de hacerlo por ti.

Años atrás, en su primera juventud en Norteamérica, cuando en New York se consolidó la influencia inglesa en su poesía, Padilla escribía su hermoso y largo poema sobre William Blake... Hubo unos versos en ese poema que yo nunca olvidé, no porque fueran sus mejores, sino porque lo mismo sentía yo, cuando de noche, releía los poemas de Heberto, que era como si escuchara su voz: Esta noche me basta tu silenciosa presencia. / En mi cabeza turbada, / tu poesía alumbraba mejor que una lámpara / sobre mis círculos de miedo.

Pero regresemos a Borges y Padilla.

Ya desde su juventud, Padilla definía el barroco como la epidemia maldita de la literatura en castellano. Cuando lo conocí, la generación de Orígenes ya había dejado de interesarle, y una vez que los mencioné, se burló despectivamente: están enfermitos desde su origen.

Heberto me contó sobre su viaje a Buenos Aires, satisfecho y hasta sorprendido por la buena acogida y la extrema amabilidad de los argentinos. Y al final aclaró la razón de su sorpresa: “Ellos no me guardaron rencor por las cosas desagradables que dije de su país en mi novela”.

Aquel viaje había tenido por objeto principal la promoción de su novela, *En mi jardín pastan los héroes*, donde en la primera página el narrador habla de instalar una oficina de primeras alarmas (contra los tiranuelos), en lugares más bien remotos y paródicos, como la Argentina, por ejemplo. A esto se refería Heberto, aunque es muy probable que el propio Borges hubiese suscrito aquel sarcasmo —en “El otro”, Borges dice de la Argentina: “Cada día que pasa nuestro país es más provinciano; más provinciano y más engreído”—.

Borges y Padilla, dos genios de la poesía que compartían dos experiencias en común: la influencia decisiva de la literatura inglesa en sus obras, y su aversión al barroco en castellano. Con la diferencia que el argentino no tuvo que enfrentar a un leviatán magistral como Lezama Lima. La refriega contra Lezama

En cuanto a Padilla, sus objeciones a la obra de José Lezama Lima no podían ser más conceptuales y concretas —en

lo personal, simpatizaba con el Lezama de carne y hueso, y respetaba su inmensa erudición—: ... sus posiciones estéticas, por parecerme de un provincialismo desmesurado, no las podía compartir... Él rebasaba estas clasificaciones (de estilo) con una impresionante desmesura; era, para decirlo a su modo, un tenazregonero de lo inaudito, de lo deslumbrante. Cada vez que me acerqué a su sistema poético, a “sus doctrinales del anémoma”, me sentí remitido con violencia al ámbito puramente verbal que era su reino.

Es un argumento similar al que él usaría contra Góngora: “Yo no considero que un enmascaramiento permanente de la realidad sea la poesía, y por lo tanto creo que el gongorismo es un error que vamos a pagar durante mucho tiempo... Quevedo es el gran poeta que yo prefiero.”

No solo en la poética existía un abismo entre Lezama Lima y él, otro tanto sucedía con sus vivencias: Padilla era un aventurero que recorrió medio mundo, trabajó en diferentes países y oficios, y tuvo múltiples amantes. Lezama Lima tuvo una vida más bien estática y libresca; en cuanto a sus amantes, más vale callarnos. Sus obras en cierto modo reflejaban este abismo vital de sus vivencias existenciales. Eran como Joyce y Hemingway: dos vidas diferentes, dos obras diferentes. Ambas válidas. Que elijas a uno como tu preferido, no anula al otro.

Padilla tomaría de sujeto a Lezama para dos de sus poemas; el primero en *El justo tiempo humano* (1962-64), donde incluyó también a Nicolás Guillén, situándolos a los

Amado González



dos en la escena de los cambios revolucionarios, y, como si se tratase de un sainete, apropiadamente lo tituló: “En la Corte de Luis XIV”:... ¡Oh, encerrad a los niños / que va sonar la medianoche! / ¡Tapadles los oídos, suprimidle la escena!... / En su cama de fieltro / el poeta frondoso arde, quemado / por las nuevas disposiciones. / Para el poeta admitido, tres estatuas, / una taberna en el sur de Italia, / y todos los viajes...

Con “el poeta frondoso” (frondoso en lo corporal y verbal), se refería a ese Lezama, a quien la Revolución nunca le dio permiso para viajar, ni siquiera para recibir un premio literario. Con “el poeta admitido”, al popular Nicolás Guillén, el viejo miembro del Comité Central del Partido Comunista que le dedicara un poema a Stalin, nombrado por Fidel Castro Presidente de la UNEAC, cargo que ocuparía hasta su muerte. Guillén disfrutó de todos los privilegios que otorgaba la Revolución a sus cuadros, “el de priorizado” a todos los niveles, incluidos viajes a Congresos Culturales, y premios recibidos.

El segundo poema (1968), que formó parte de *Fuera del Juego*, es ya un homenaje a Lezama Lima, donde al fin acepta la legitimidad de un sistema poético que jamás compartiría: “Hace algún tiempo / como un muchacho enfurecido... / me detuve a la puerta de su casa / para gritar que no, para advertirle / que la refriega contra usted ya había comenzado... / Usted observaba todo, / imagino que no dejaba usted de fumar grandes cigarros / que continuaba escribiendo entre los grandes humos... / Y qué pude hacer yo / si en su casa de vidrio de colores / hasta el cielo de Cuba lo apoyaba”.

Alguno quiso ver en este poema un acto de oportunismo literario, por cuanto Lezama era uno de los miembros del jurado que premió su libro. No percibieron el hecho decisivo que las rencillas de estilo eran ya insignificantes comparadas con el hecho que tanto Lezama como Padilla militaban en el mismo bando: los que se resistían a que la literatura y el arte se convirtieran, como exigía Fidel Castro, en serviles instrumentos políticos. Por lo tanto, los dos luchaban contra esos que odian a la poesía. ¿Qué mejor razón para sentirse hermanados?

Ahora Padilla reconocía a su semejante en aquel Lezama que se conducía con una valentía y dignidad ejemplar, atrincherado en sus herméticas metáforas oraculares, contra un enemigo implacable, maligno, infinitamente poderoso, capaz del crimen y la infamia. Lezama y Padilla no compartían posiciones estéticas, pero sí su amor por la poesía.

Borges, Lezama y Padilla, tres aventuras literarias y espirituales dignas de ser estudiadas por las futuras generaciones.

BENIGNO S. NIETO, poeta, ensayista y narrador cubano nacido en 1934. Obtuvo en 1985 el Premio de Poesía Linden Lane Magazine. Colaborador de *Lunes de Revolución*, ha publicado recientemente varios libros, y Heberto Padilla, el poeta que engañó a Fidel Castro, acaba de salir de imprenta publicado por Linden Lane Press. Reside en Miami.



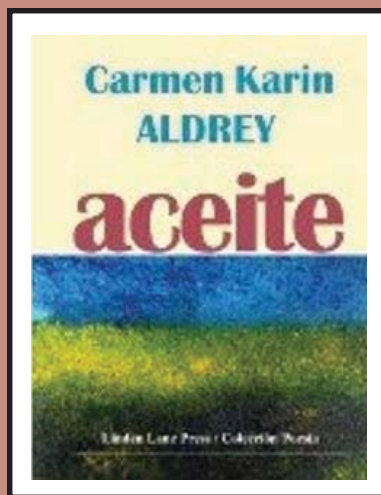
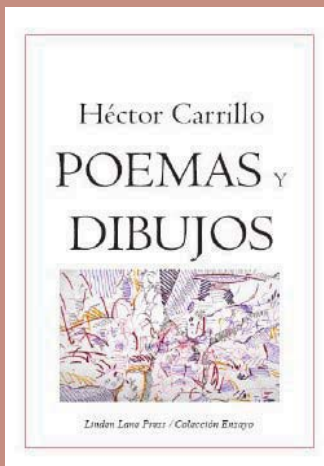
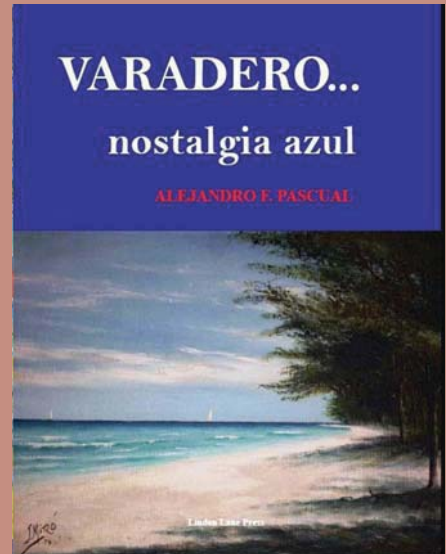
Heberto Padilla, El poeta que engañó a Fidel Castro, es un testimonio extraordinario, íntimo y desgarrador que nos revela secretos ignorados sobre el poeta Heberto Padilla, el principal autor y protagonista del evento cultural más importante de la cultura latinoamericana, hispana, y cubana de su época, que quedó grabado en la Historia como “el caso Padilla”.

Benigno S. Nieto, un amigo íntimo de Padilla, entrega al lector el alma misma de aquel poeta genial, capaz no sólo de provocar un terremoto entre los intelectuales del mundo, de dividirlos y de enmistarlos, sino de engañar al propio Fidel Castro con su astuta autocrítica orwelliana. Una simple confesión de “culpa” no hubiese producido tanto horror, lo que verdaderamente horrorizó a los intelectuales fue el tono repulsivo de una “autodegradación” que el poeta exageró deliberadamente. Heberto Padilla salió mal herido, pero el daño que le hizo a Fidel Castro fue inconmensurable.

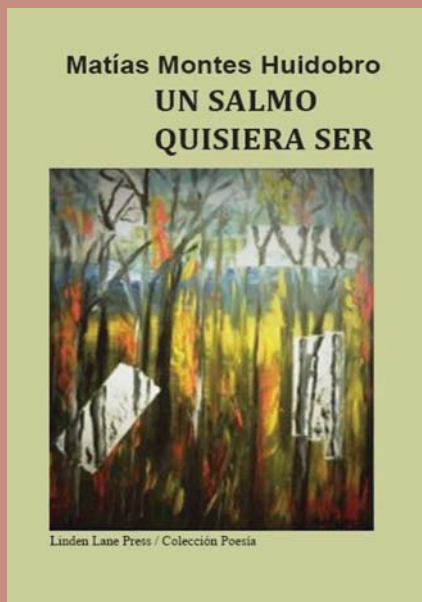
Linden Lane Press / Colección ensayo

A la venta en Amazon

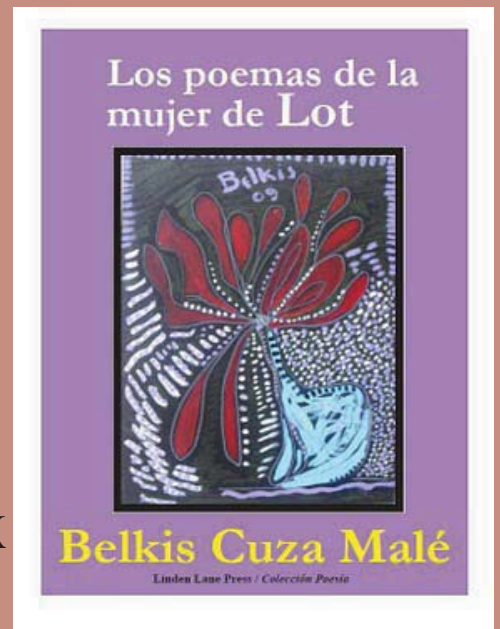
LINDEN LANE PRESS



Publicando
autores
cubanos
desde 1984



Linden Lane Press
P.O. Box 101582
FORT WORTH, TX
7 6185-1582



Fabio Alberto Hurtado

“La Cubana”

When we first moved to Elizabeth, New Jersey in 1981, after living in Miami for three months, which was after living in Costa Rica for three months. We left Cuba on an Iberia flight. We left Miami on a bus. Not a Greyhound; we were Cuban and Cubans traveled in “La Cubana” which moved Cubans from Miami to New York, daily. The Cuban Greyhound arrived in Elizabeth at the bus depot which doubled as a restaurant on Elizabeth Avenue: *El Pimiento Rojo*. The Red Pepper, one of three Cuban restaurants on Elizabeth Avenue in the 1980’s. Alvarez Café and El Palmar were the other two. El Palmar is where my step-dad would work a year later delivering *cantinas*, restaurant cooked meals delivered daily to your house. El Palmar is where I would have my first summer job as his cantina delivery helper.

In the beginning, Elizabeth seemed small then and all the buildings crowded together brown and gray. My grandfather Alberto, waited for me and his daughter, my mom, at El Pimiento Rojo when we got off the twenty hour trip on the Cuban Greyhound. This was it. Now we had really arrived in the U.S.A. This is the place my parents told me about in Cuba: New York City, the center of the universe. *La Yuma. La USA.*

I had all kinds of warped expectations about the U.S.A. This was the place where every kid owned a car, and the sidewalk walked for you, and where the cat’s food bowl was made of old. The place where you did not have to go to work or school and if you did, your servants carried you there. Miami had been a pit stop, a limbo, a purgatory between the two extremes. Moses could not have been happier crossing the Red Sea. And Elizabeth delivered.

Everything was better. Miami was Cuba. This was *La USA*. It was cold. The people looked American.

The buildings looked old and mysterious. It snowed flurries our second day. We lived in an attic; I had never even heard of an attic and now I lived in one. Radio WADO (it is pronounced Wah-Do), a New York radio station, played Bustelo Cuban coffee commercials all morning long as my grandfather woke me up to go to the school:

*Bustelo es un señor café
Un café con clase
Bustelo es mi café.*

I listened to Malin Falu and

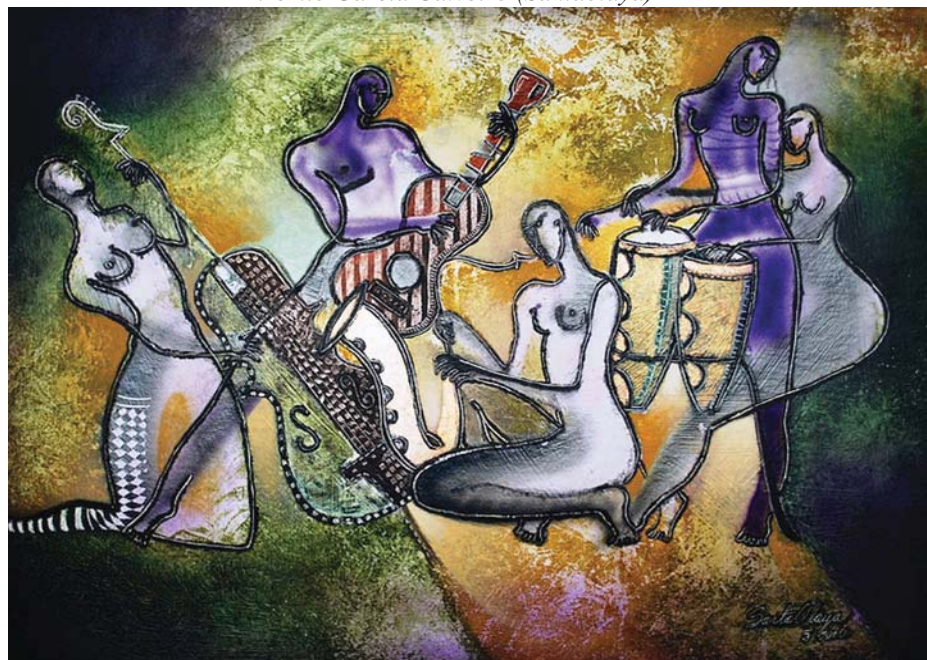
Fabian Caraballo y Baez on WADO on AM while my grandfather rubbed my back to wake me up. Yeah, this was our city. This was our café and our snow flurries, our USA. We did not have maids to carry us from room to room, but so what. I had Mrs. PacMan video game at the Laundromat, baseball cards with the pink gum inside, and friends who played and taught me to play football. I had never before seen a sports ball that wasn’t round. I had friends who spoke in a language I started slowly to understand: the language of Atari and Risk, the game of world domination. I had Little House in the Prairie and also Happy Days on TV every afternoon.

I could not own my own Atari or Risk at first, too costly for our attic lifestyle. But one day I found a used Risk game in a garage sale and bought it for five bucks. And some years later when Atari was replaced by Atari 7600, I saved up money from a summer job and bought the old model. I was old school before old school was cool. I had Risk. I had garage sales. I had a grandfather who smoked a pie and drank too much only on weekends and had violent coughing fits that woke me up at night to see him in his C.H. Martin’s long one-size too big thermal underwear.

I had train trips to Princeton with my grandfather and occasional ones into the city. We walked everywhere and still, without a car, my mom managed to get a job at Dunkin’ Donuts. My grandfather got paid for taking English classes he was never interested in taking. I had my walk home from sixth grade sliding over ice.

“How cold is it today?” I’d ask my grandfather.
“Sixteen. Fahrenheit.”

Hiremio García Calveiro (Santaolaya)



I had Fahrenheit. In Cuba we only had Celsius. And I had Radio WADO:

*Bustelo el número uno
De nuestra comunidad
Bustelo el que más se toma
Por algo sera verdad.*

I had Mrs. Stoner teaching me how to say cowboy instead of koh-boy. I had pumpkin carving, the main thing I remember from sixth grade. I had Halloween to wear my dad's clothes and paint red lipstick on my face to create an instant costume: a bleeding madman. And I had Christmas with a little plastic tree and lots of Star Wars toys and action figures. And gift out of proportion with our attic budget. I did not have a brand new Commodore-64 with a disk drive like my friend Rich. I had more. Because he did not know about La Cubana, Celsius in Cuba, Bustelo, Radio WADO, pink gum, and the newness of snow, la Yuma, koh-boy, and ESL class with Mrs. Stoner. He was born in Elizabeth at zero. I was born in Elizabeth at ten. You appreciate it so much more when you are ten years late, but not too late.

“Pinto Catch-22”

Once we moved to Elizabeth Avenue my parents were able to afford to buy Heberto Padilla's 1970's Ford Pinto station wagon. Of course, the car was a death trap. But they had only paid Padilla \$300 dollars for it. It was brown. It had no heat for the winter and no AC for the humid Jersey summers. The driver's door was rusting off, the odometer frozen, and the radio only picked up AM; we could listen to NY Mets games on it, but that's about it. When it rained or snowed the windows had to be kept up and the front windshield would fog up.

“Don't touch it with your hand,” my dad would scream.

My father had this theory about putting grease marks on the windshield if you touched and wiped it with your hand.

“Buscame un trapito,” He'd ask for a rag. From the back of the station wagon would come a dirty sock or a used Dunkin' Donuts napkin.

“Wipe your side! No veo nada.” He'd lower the window to wipe his mirror, the snow, the sleet, or rain, flying into the Pinto. One time the key holes on the doors froze and my dad spent thirty minutes cursing at the Pinto in the cold.

“Coño! Carro de mierda!”

“Don't say that,” my mother piped in. The car has ears; it has feelings; it can hear you. Just like our dog. And our television. The dog would shit all over the hallway of our apartment. My dad would walk to the bathroom sleepily at 11AM. He worked the night shift as a security guard full-time now. He would step in it or dance avoid it and wack himself on the homemade bookshelves made of gray bricks

and planks on varnished wood.

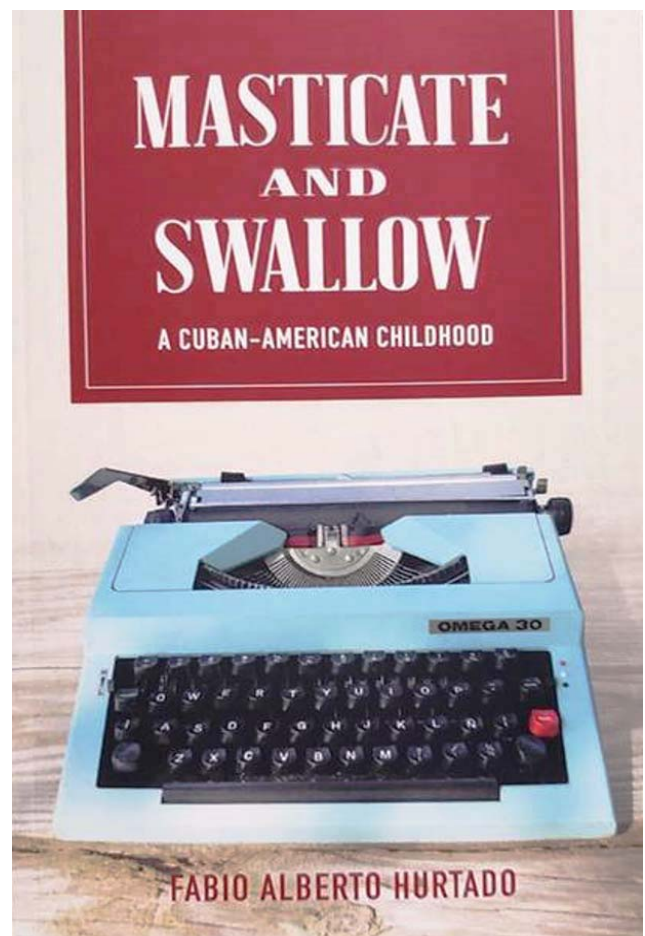
“Cono! Perra de mierda!”

“Don't talk like that to Katia. She understands what you said.” The TV understood too when it lost reception or the *cambia cambia* (the clicker) would not work.

“Ay! Que suerte la mia.” My dad was always a tad on the melodramatic. He drowns in a glass of water, my mother would say. I think I inherited that or learned it and I'm still trying to work through it.

The Pinto was great. It took me to school. It took my dad to his security guard job. It took us to Foodtown, by now he no longer needed to shop with a briefcase. It even took us to new York City on good and rare occasions. Only one problem with the Pinto and it wasn't the Pinto's fault, but rather a gross injustice of the entire Elizabeth Police Department. The problem was parking tickets.

My dad worked nights and parked days. And we lived on a busy street in downtown Elizabeth, a street with parking meters. You had to feed the meters quarters from 8 AM to 6 PM and my dad slept from 8-3. Our day; his night. This worked fine as far as him getting sleep and rest. The house was quiet with me in school and my mom at work. This sucked as far as parking. On a bad day he'd get three or four tickets. On a good day, he'd get away with one. The glove compartment in the Pinto was full after his third month on the job. Most tickets faded by the sun, some wet by the



rain then dried in the heat of the glove compartment and faded out of recognition. My dad was a collector. Hundreds of tickets. Eventually they exploded out of the glove compartment and into the wagon's trunk with old newspapers, sneakers, *trapitos*, and ants.

"Dad, why do you keep them?" "Can't pay them. Eight dollars a ticket, sixteen dollars after a month when you are late. Can you imagine? I'd live to pay tickets! Get up. Feed the meter. Every two hours. What kind of sleep would I get? Sleep two hours, run downstairs in my old red shorts with holes, put quarters in the meter. Wait, I don't have change. Go down the street to the Greek lunch counter for some change. Oh, my friend, the Greek will say to me. I take care of my customers first, my friend in the red shorts with holes and little sleep. Wait for the Greek. Wait for the Greek. Feed the meter. Run upstairs. Shut up Katia. She has feelings. Sleep. Do it all again in two hours. *Me vuelvo loco. No comas mierda!* The hell with the tickets."

And with that statement of faith, my father became the most wanted parking offender in the history of modern parking meter enforcement. They never towed the Pinto. They just kept writing tickets. Poor Pinto, it wasn't his fault. He was just parked there.

So if my dad got rid of the Pinto, no more tickets, but no more full-time job. If he kept the Pinto and fed the

meter, no more sleep, so no more job. If he kept getting tickets and paid them, no more money so why the job. My father reasoned if he kept getting tickets, who gives a heck. "I'll keep collecting!"

"How many did you get today dad?"

"Two. Slow day."

When he changed jobs to work nights at the airport driving the courtesy van for guests, he'd bring home chocolate croissants, tips from the van passengers, and parking tickets.

On a Typical Day on Elizabeth Avenue

When Rich and Ken were twelve and I was a year older, we'd go to the Main Branch of the Elizabeth Public Library every afternoon after school. Rich would get his parents to drop him off at my apartment and Ken would walk about fifteen blocks. The library was at the corner of Broad Street and Elizabeth Avenue. I lived two blocks away, past the Carvel Ice Cream shop, the Greek lunch counter, and the cigar shop. There was also a Salvation Army Church across the street with their band playing every Sunday morning around 7 AM. Those two blocks were littered with memories for us. The downstairs hallway of the building

Amado González



where I lived where I once choked Rich to unconsciousness because he would not take back something he said about my mom. The alley next to Kolker's toy store where Rich kicked me in the head and my grandfather once tried to throw away a kitten I had. The front of the library where Ken threw Rich's new sneakers in the middle of the street.

Sometimes Ken hitched a ride with Rich's parents, but mostly he walked or rode his banana seater bike. Then they would stand in the street and yell up at my third floor window facing Elizabeth Avenue. We did not have a door bell. My building was three floors. My dog Katia would bark and I'd throw the keys down so they could open the door and come up.

We'd walk to the library, go in, and head for the Young Adult section where they kept a "Vote for your Favorite Book" box. As soon as we found out, by looking at the votes in the box when no librarians were watching, that *A Wrinkle in Time* was in the lead, each afternoon we would vote and vote often on behalf of our choices for best YA book: *A Wrinkle in my Face*, *A Wrinkle and a Twinkle*, *A Wrinkle on My Nose*, *A Wrinkle? No! Plastic Surgery*. We put in so many votes we were honestly disappointed when none of our choices of fictional work of fiction would pull into first place week after week. Surely there was fraud involved.

Promptly after exercising our American right to vote, we'd go look for books or sneak into the little elevator reserved for staff. We once rode down to the basement, the area the sign on the stairs warned: "Reserved for Staff". We were disappointed to find more books in the basement. No secret potions. No dead bodies and no collections of

comic books or baseball cards. Just more books.

Our best work in the Elizabeth Public Library, and the reason we went there each afternoon, was to borrow our favorite books in a non-traditional way. Rich always wanted sci-fi and fantasy books. Ken had a more varied palate. And I stuck to the classics I would never read at thirteen but were important to have as I heard my grandfather say over and over: Dostoevski, Orwell, Stendhal, Hemingway, Dos Passos. We would take our books to the fourth floor and launch them out of a broken and open window in a forgotten corner of the library overlooking the back lot. You go there today and the lot is well lit. It is well-guarded and paved. Back in the 1980's it was a dark place where our books would fly out the window and land in the dust and sometimes in the mud of the parking lot. We would wait for the cover of darkness, 4:30 PM in a Jersey winter, and leave going for the back lot to pick up our books and head home.

The three of us would laugh and joke all the way to my house happy with the books we wanted and happy to be twelve and thirteen the way only a boy that age can be when he is around other boys he knows are his friends. Sometimes one would kick the other in the head or curse at his mother, ridicule the way he dressed. Sometimes we'd stop over at the Hunan Palace and share an .80 cent egg roll.

FABIO ALBERTO HURTADO nació en La Habana en 1971. Llegó a Estados Unidos en 1980, residiendo en Elizabeth, NJ. Se graduó en Inglés, Filosofía y Religión en Kean University, y luego obtuvo una maestría en Teología del Holy Apostles Seminary. Enseña en Cannon School, en Concord, NC. Este es su primer libro publicado.

La Fundación APOGEO es una organización sin ánimo de lucro para el arte público, multimedia y multicultural.

FUNDACIÓN
APOGEO
ARTE PÚBLICO GLOBAL



Misión: Promover una mayor presencia del arte en los espacios públicos y en la vida social de las ciudades.

Actividades:
Talleres de pintura al fresco para niños, jóvenes, artistas plásticos y personas de la tercera edad.
Exposiciones. Promoción de libros y autores.
Crítica literaria, artística y teatral, incluida la danza y el ballet.

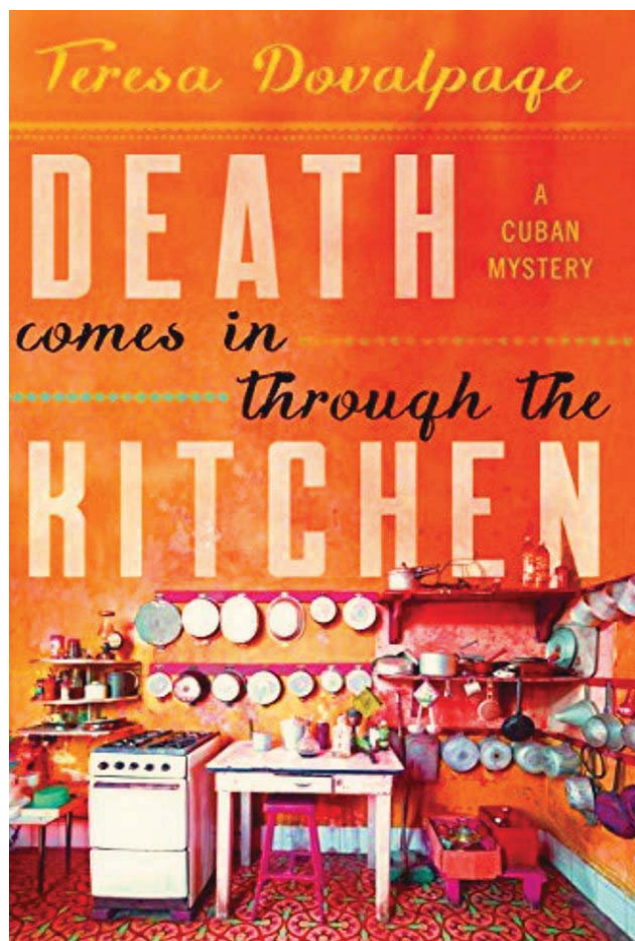
Dirección postal:
22121 SW 124^a Ave,
Miami, FL. 33170.
Teléfono: 786 390 5855

NOTA DE LIBRO

Teresa Dovalpage. *Death Comes in through the Kitchen*. Soho Press, New York, 2018.

La muerte entra por la cocina, de Teresa Dovalpage, es un sabroso misterio culinario que viene acompañado por un aperitivo de “Cuba 101”. Cuando comienza la historia, Matt Sullivan, un reportero de San Diego, acaba de aterrizar en La Habana para proponerle matrimonio a su novia Yarmila, joven bloguera que escribe sobre comida. Pero como se trata de una novela policíaca, por supuesto que Yarmila aparece muerta y Matt se convierte en el principal sospechoso.

Desesperado por limpiar su nombre y volver a escribir reseñas bilingües sobre restaurancitos fronterizos, a Matt no le queda más remedio que esperar porque la teniente Martínez, una detective novata, resuelva el caso. La búsqueda del asesino de Yarmila los lleva a Padrino, santero practicante que también es, convenientemente, detective retirado. También conocemos a Taty (performista de cabaret muy gay por quien Matt siente una atracción innegable) y a una abigarrada colección de *bisneros*, gente que hace todo tipo de marañas para conseguir dólares en lugar de pesos. Por medio de ellos el lector puede ojear con mirada crítica la doble economía de Cuba.



MUJERES DE LA PATRIA

Contribución de la mujer a la independencia de Cuba

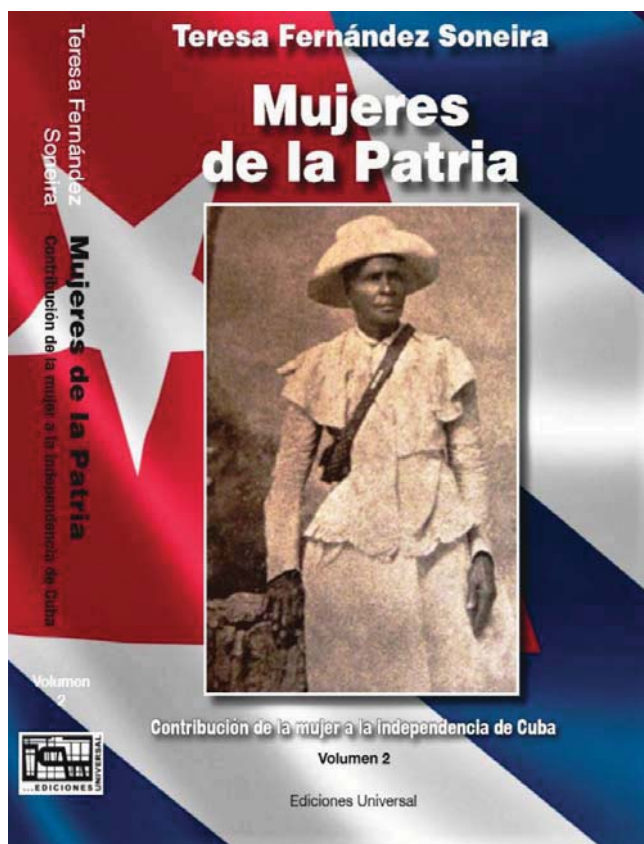
Volumen II

Teresa Fernández Soneira

La historia de Cuba no estará nunca completa si no se conoce la contribución de la mujer en ella. Las cubanas fueron guerreras, espías, contrabandistas, parteras, enfermeras, costureras. Con ellas también se ganó la guerra. *Mujeres de la Patria* vol. II de Teresa Fernández Soneira (La Habana, 1947) forma parte de una trilogía sobre la mujer cubana, y recoge la labor de la cubana en la manigua y en las ciudades; la lucha por la libertad de las mujeres, tanto blancas como negras y, algo novedoso, la de las indígenas de la zona oriental del país.

Con más de 570 páginas, el volumen II (Guerra del 95) contiene abundantes fotografías y las biografías de 700 patriotas y su protagonismo. Si no lo tiene ya adquiera el vol. I (Guerra de los Diez Años), y el vol. II (Guerra de Independencia) a partir de octubre, en Ediciones Universal www.ediciones.com

TFernan47@bellsouth.net



Dovalpage, novelista literaria que escribe en inglés y español, crea un universo rico y peculiar, ambientado en los últimos días de la Cuba de Fidel Castro, donde la libre empresa comienza a abrirse paso y casi todos tienen un negocio más o menos ilícito. Al igual que Austen, Dovalpage trata a sus personajes con una irreverencia a la que, sin embargo, no le falta la calidez suficiente como para que el lector simpatice con ellos. “—¿Tú eres Pato Macho?” le pregunta Matt a otro personaje. “—Sí, yo mismo”, respondió el hombre con orgullo, como si hubiera algo particularmente honorable en ser llamado un “pato macho.” Por mucho que Matt vea a Cuba como una rareza, quienes lo rodean consideran que el raro es él, un extranjero enamorado que no sabe a derechas dónde se ha metido.

Una adición largamente esperada al muestrario de detectives practicantes, Padrino es serio y competente y pone en evidencia los disparates cometidos por quienes lo rodean. Usa su conocimiento de Santería para desenterrar una pista que resulta clave. Sin embargo, es curioso que varios de los giros más interesantes de la trama se hallan a plena luz, no ocultos para que el detective sabichoso los revele al final ante los ojos asombrados de sus lectores. Pero el género del libro es quizás lo menos interesante sobre el mismo: Dovalpage tiene la envidiable habilidad de moverse sin esfuerzo a través de los puntos de vista de diferentes

personajes (Matt, Padrino, Taty y la detective Martínez), cada uno de los cuales merece su propia novela. En *La muerte entra por la cocina*, Dovalpage pinta una Cuba marcada por dualismos: los orishas africanos mezclados con los santos españoles, el comunismo consumido por una marea de negociantes, la Cuba de ayer enfrentando a la Cuba del mañana. En esta marea intenta nadar el gringo arquetípico que cruza fronteras atrapado en un romance transcultural más complicado de lo que esperaba. Por medio de sus personajes, Dovalpage presenta una crítica mordaz al gobierno de Castro, que impide a sus ciudadanos que tengan acceso a los bienes y a la moneda que los turistas americanos manejan sin dificultad. Pero el estilo desenfadado de Dovalpage revela no solo la malicia de las instituciones opresivas sino la fantasía de la resistencia individual. En una escena final, el personaje espera abordar un avión pequeño rumbo a Cancún, y el avioncito se halla estacionado junto a un gigantesco Boeing 777. En un momento dado, un grupo de cubanos que también vuelan a Cancún rompen a cantar hasta que un guardia de seguridad los manda a callar: “¡Esto es un aeropuerto, no una cervecería!”. Tal vez sea así, porque en el universo de Dovalpage, puedes trazar tu propio destino hasta cierto punto, pero el resto depende de los orishas.

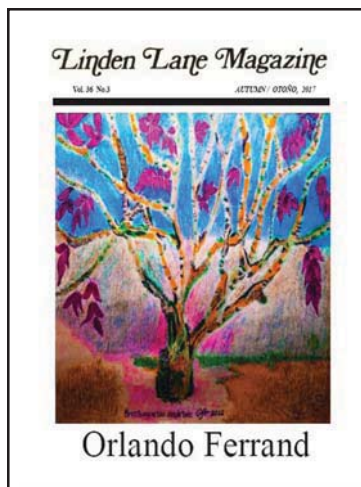
KENNA BARRETT

Subscríbese

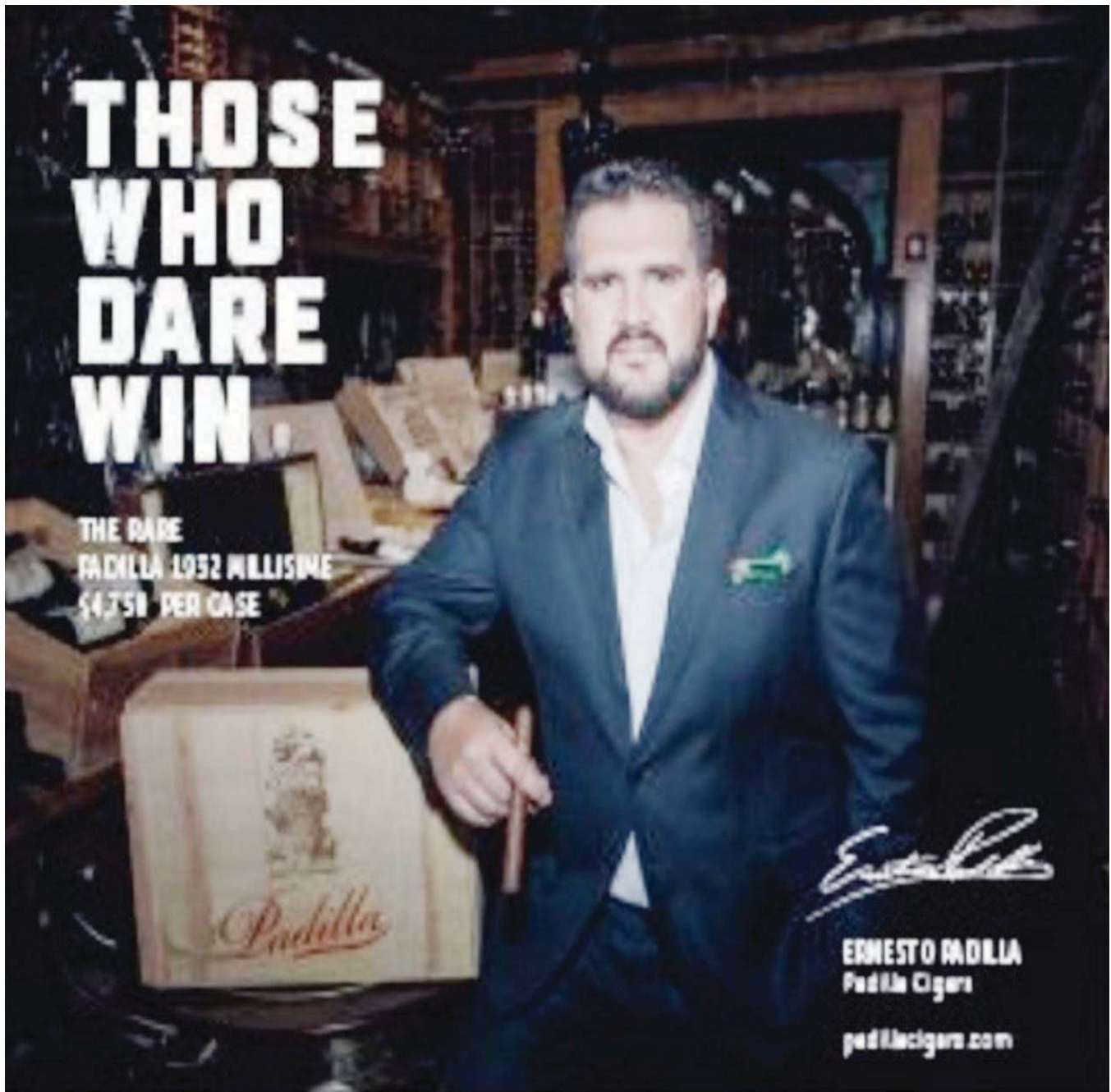
Linden Lane Magazine

lindenlanemag@aol.com

Cuatro números al año



**P.O. Box 101582
Fort Worth, TX 76185-1582**



It is not the critic who counts; not the man who points out how the strong man stumbles, or where the doer of deeds could have done them better. The credit belongs to the man who is actually in the arena, whose face is married by dust and sweat and blood; who does strives valiantly; who errs, who comes short again and again, because there is not effort without error and shortcoming; but who does actually strive to do the deeds; who knows great enthusiasms, the great devotions; who spends himself in a worthy cause; who at the best knows in the end the triumph of high achievement, and who at the worst, if he fails, at least fails while daring greatly, so that his place shall never be with those cold and timid souls who neither know victory not defeat.



Reserve though the following appointed Tobacconist: Cigaragua, Amsterdam. Contact: 31 20 773 5302 / Prime Cigar, Boca Raton. Contact: (561) 613-6130 / Lonewolf Cigars, Los Angeles. Contact : (310) 458-8000 / Silver Leaf Cigar Bar, Fort Worth. Contact (817) 887-9535 / Cigar Cellar, Miami. Contact (305) 381- 0458 / Two Guys Smokeshop, New Hampshire. Contact: (603) 898-2221.